

– Solemnidad de Santiago, apóstol

Convocados por el Señor en comunidad, hoy cantamos con el salmo que «Dios tenga piedad y nos bendiga», puesto que celebramos la solemnidad del apóstol Santiago, uno de los doce discípulos de Jesús, quien convivió con él y lo acompañó desde los inicios de su misión redentora, y su posterior manifestación pública del Cristo, mantiene nuestra fe: «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. Dios lo ha exaltado con su diestra, haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen».

– Venid conmigo

Es también la fiesta de un hombre del mar de Galilea que se dejó llevar por la llamada del Mesías, acogiendo sus palabras y enseñanzas junto con Simón y su hermano, Juan. Los tres también fueron elegidos por Jesús para ver cómo resucitaba a la hija de Jairo que acababa de morir, a contemplar su oración transfigurada en el monte Tabor y su oración desgarrada en Getsemaní. Fueron testimonios de la gloria y también del dolor de Jesús. Y Santiago fue el primer mártir de entre los discípulos: «Herodes hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan». La persecución y el martirio hicieron madurar la Iglesia apostólica naciente: «La palabra de Dios iba creciendo y se multiplicaba» (Hch 12,24).

– Se acercó a Jesús la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos y se postró para hacerle una petición

Si el apóstol Simón recibió el apodo de Pedro, Santiago y Juan fueron llamados Boanerges, es decir, hijos del trueno, por su temperamento impetuoso, que seguramente heredaron de su madre, que, interesándose por el futuro esplendoroso de sus hijos, dirige con genio maternal una petición directa a Jesús: «Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda». Sentarse a derecha e izquierda del rey significaba, en las cortes antiguas, poseer el cargo de primer ministro y tesorero, respectivamente, es decir, los dos cargos principales de la corte.

– Jesús replicó...

Jesús no responde directamente, sino que formula una afirmación y una pregunta: la primera, dirigida a la madre –«No sabéis lo que pedís»–; la segunda, dirigida a los discípulos Santiago y Juan –«¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?»–. Y ellos responden impulsivamente: «Podemos». Y Jesús profetiza: «Mi cáliz lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre». Los otros discípulos se indignaron, nada raro, y Jesús responde a todos, a los que serán los pilares de su Iglesia: «No será así entre vosotros». No se trata de ser honorado, de sentarse por encima de nadie. No se trata de servirse de Dios, sino de servirlo. Entre los seguidores de Jesús no deben regir las leyes mundanas del poder, el honor, el dominio, sino la hermandad y el servicio y dar la vida en imitación de Cristo, que no ha «venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos». Dar la vida quiere decir ofrecer la propia y, a su vez, ayudar a los demás a vivir.

– Obedecer a Dios va primero que obedecer a los hombres

Así como Santiago tuvo que hacer un camino de maduración discipular para dejar atrás los criterios mundanos y pasar a una vida de servicio, «para que también la vida de Jesús se manifiesta en nuestro cuerpo», que en esta Eucaristía el apóstol nos fortalezca para purificarnos en nuestro peregrinar como discípulos de Jesús, para ver en qué aspectos podemos avanzar: «Purifícanos, Señor, con el bautismo salvador de la muerte de tu Hijo, para que, en la solemnidad de Santiago, el primer apóstol que participó en el cáliz redentor de Cristo, podamos ofrecerte un sacrificio agradable».

– Haz que tu Iglesia, reconfortada constantemente por su patrocinio, sea fortalecida por su testimonio

Celebrar el testimonio del apóstol Santiago no debe ser un puro recuerdo, sino experiencia de renovación de la fe de los pueblos, que se traduzca en un estilo de vida según el Evangelio. Que Dios vigorice a su Iglesia –que somos todos– en la fidelidad del seguimiento de Jesús para que, llena de fe, continúe testimoniando el Evangelio a imitación del mártir Santiago: «Dios todopoderoso y eterno, que consagraste los primeros trabajos de tus apóstoles con la sangre de Santiago, haz que tu Iglesia, reconfortada constantemente por su patrocinio, sea fortalecida por su testimonio, y que los pueblos de España se mantengan fieles a Cristo hasta el final de los tiempos».

JOSEP RAMON RUIZ

1 lectura: Hechos 4,33; 5,12.27-33; 12,2

El rey Herodes hizo pasar a cuchillo a Santiago.

La lectura está compuesta de un conjunto de textos del libro de los Hechos, que recogen sumarios y escenas de la actividad de los apóstoles en Jerusalén. Hechos 4,33 subraya el eje fundamental de la predicación primitiva: «La resurrección del Señor Jesús». Esta es presentada no como doctrina abstracta, sino como testimonio apostólico autorizado. Se legitiman, así, los episodios posteriores. En Hechos 5,12.27-33, se evoca el conflicto entre la autoridad religiosa judía y el movimiento cristiano naciente. El versículo final introduce abruptamente la ejecución de Santiago, sin desarrollo narrativo. Se muestra de este modo que la persecución forma parte constitutiva de la misión apostólica. Santiago aparece como el primero de los Doce en compartir el destino de Jesús, confirmando el patrón lucano de continuidad en-

tre Cristo y sus testigos. El texto no está interesado en su figura personal. Santiago queda integrado en la lógica del testimonio hasta la muerte, donde la fidelidad al mensaje supera cualquier expectativa de protección divina inmediata. El salmo responsorial es una oración que combina bendición, petición y alabanza. La estrofa inicial evoca la bendición sacerdotal de Números 6,24-26. Sin embargo, su finalidad no es exclusivamente israelita, sino que tiene un alcance universal. La repetición del estribillo «Oh Dios, que te alaben los pueblos» sugiere un uso cultural comunitario. En referencia a la primera lectura, el salmo adquiere un matiz misionero: la proclamación de la salvación divina se extiende a todos los pueblos, en consonancia con la misión apostólica primitiva.

2 lectura: 2 Corintios 4,7-15

Llevamos siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús.

El pasaje paulino desarrolla la tensión antropológica entre fragilidad humana y poder divino. La metáfora del «tesoro en vasijas de barro» (v. 7) establece una dialéctica fundamental que sirve para excluir cualquier atribución de eficacia misionera al sujeto humano. Los versículos siguen-

tes presentan una serie de antítesis («atribulados pero no aplastados... perseguidos pero no abandonados») que describen la experiencia apostólica como participación en el sufrimiento sin que la persona quede por ello destruida. Esta dinámica se interpreta cristológicamente: «Lleva-

mos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús». La existencia apostólica se configura como una actualización constante del misterio pascual. A su vez, se subraya que la muerte actúa en el apóstol, mientras que la vida actúa en los destinatarios. Este intercambio enfatiza la función mediadora del sufrimiento apostólico. La referencia al «espíritu de fe» se relaciona con la cita del salmo 116,10,

integrando la experiencia personal en la tradición de las Escrituras. La perspectiva escatológica final fundamenta la perseverancia: la resurrección futura garantiza el sentido del sufrimiento presente. La debilidad se convierte en lugar de manifestación del poder de Dios. La vulnerabilidad no es accidental, sino constitutiva del ser y de la misión del apóstol.

Evangelio: Mateo 20,20-28 Mi cáliz lo beberéis.

El episodio de la petición de la madre de los hijos de Zebedeo introduce una reflexión sobre el poder y la auto-ridad en el contexto del discipulado. La solicitud refleja categorías políticas y honoríficas propias del mundo antiguo, proyectadas sobre la expectativa mesiánica. La respuesta de Jesús desplaza el foco desde el privilegio hacia el sufrimiento: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». El «cáliz» funciona como metáfora de la pasión, indicando que la participación en la gloria está mediada por la participación en el destino de Jesús. La afirmación de los discípulos —«Podemos»— se revela irónica a la luz de los acontecimientos posteriores, pues Jesús será abandonado por ellos durante su pasión y muerte.

La reacción de los otros discípulos pone de manifiesto una comprensión compartida, pero igualmente errónea, del liderazgo. Ante todo ello, Jesús redefine la autoridad mediante una inversión paradigmática: frente al modelo de dominación de los «jefes de las naciones», propone un modelo de servicio. La grandeza se identifica con la capacidad de servir y el primero en la comunidad con el esclavo. El versículo final vincula la ética del discipulado con la misión redentora de Jesús. El texto redefine de forma estructural la dinámica del poder en la comunidad mesiánica, donde el servicio se convierte en el criterio distintivo de la autoridad apostólica.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

- *(Dar testimonio)*

Hemos visto en la primera lectura a Santiago, con los demás apóstoles, dando «testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor», realizando «muchos signos y prodigios en medio del pueblo» y respondiendo a los que les habían prohibido terminantemente hablar de Jesús: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Además, nuestro apóstol fue el primero de los Doce que bebió el cáliz del Señor, dando testimonio, con su martirio, del amor más grande.

Cuando los vemos así, libres, humildes, valientes y entregados, tenemos el peligro de desanimarnos pensando: ese nunca será mi caso; no tengo madera de santo. Sin embargo, el evangelio de esta solemnidad nos sitúa en un estadio previo de sus vidas, permitiéndonos así constatar que no eran tan distintos a nosotros. Santiago y Juan, como los otros diez apóstoles, ambicionan los primeros puestos, poder, honores y riquezas.

- *(¿Beber el mismo cáliz?)*

La primera respuesta de Jesús a la petición de Santiago y Juan de sentarse, en su reino, uno a su derecha y el otro a su izquierda, es esta: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». Los dos, sin saber muy bien a qué se está refiriendo el Señor, responden: «Podemos». Jesús les dice que sí, que beberán de dicho cáliz en el futuro. En la primera lectura hemos visto cómo, años después, Santiago fue «el primer apóstol que participó en el cáliz redentor de Cristo» (oración sobre las ofrendas).

Curiosamente, Jesús no ve problema en este deseo profundo que todos tenemos de ser grandes y los primeros. Lo único que nos dice es esto: procurad ser grandes y los primeros en lo que de verdad importa, en lo que conduce a la vida verdadera, es decir, en el servicio a los demás, inspirados por el mismo amor que me movió a dar la vida en rescate por muchos.

- *(Vasijas de barro)*

Entonces, después de recibir el Espíritu Santo, ¿los apóstoles se volvieron impecables? ¿No tuvieron ya ninguna dificultad interna ni externa? En la segunda lectura, san Pablo nos responde con un no rotundo. Dice así: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros». ¡Qué sabiduría encierran estas palabras!

A nosotros nos encantaría llevar el tesoro de la vida nueva que se nos regala en la Iglesia, en vasijas relucientes, impolutas, de oro y plata, pero el Señor, que nos conoce, ha dispuesto que no sea así. Primero, para que no nos envanezcamos, robándole la gloria a él. Segundo, para que los demás tengan claro que estas maravillas las obra Dios en cuantos se fían de él, y que su firme voluntad es hacer partícipes de las mismas a todos: pobres y ricos, sabios e ignorantes, justos y pecadores.

Es esta experiencia la que movió a san Pablo a decir en otra ocasión: «Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto, precisamente, se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo mostrase toda su paciencia, y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna» (1Tim 1,15s).

Esta es la buena noticia que desean comunicarnos Santiago y el resto de los santos: si Cristo ha podido hacer esta obra en mí, pecador, puede hacerla en cualquiera que ponga en él su confianza.

- *(El testimonio como estímulo)*

Demos gracias a Dios por esta nube ingente de testigos que, lejos de pretender acomplejarnos, no dejan de estimularnos a reconocer sin complejos nuestras miserias, enfermedades y pobreza, así como a poner todo ello en manos de quien quiere y puede enriquecernos, sanarnos y liberarnos. Este camino no está exento de dificultades, sustos y caídas, pero, recorrido de la mano del Señor, arropados y sostenidos por los hermanos, conduce a esa vida de amistad con Dios, que llamamos vida eterna, y sacia plenamente nuestra hambre y sed de plenitud.

Venimos a la Eucaristía a dar gracias a Dios por los bienes recibidos y a alimentarnos del pan de vida: el Cuerpo y la Sangre de su Hijo Jesucristo, su mismo ser ofrecido por nosotros para ir transformándonos, comunión tras comunión, en él. No aisladamente, sino en comunión profunda y creciente con el resto de los miembros de su Cuerpo y encendidos en el celo por la salvación de todos, empezando por los más cercanos.

Santa María, alcánzanos del cielo la gracia de acoger el Reinado de Dios como niños, conscientes de no merecerlo y, al mismo tiempo, rebosantes de gozo por poder recibirlo gratis en la Iglesia.

JUAN ANTONIO AZNÁREZ

Ritos iniciales

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con todos vosotros.

(– Celebramos hoy la fiesta del apóstol Santiago. Él fue uno de los primeros a los que Jesús invitó a seguirle. Formó parte del grupo de los doce elegidos por Jesús como fundamento de su comunidad. Y fue el primero de los apóstoles que dio su vida por el Evangelio.

- Según la tradición, Santiago predicó el Evangelio en España. Su sepulcro en Compostela ha sido, desde hace muchos siglos, punto de referencia de visitas y peregrinaciones.
- Comencemos con alegría nuestra celebración, reafirmando nuestra voluntad de seguir el camino cristiano del que los apóstoles dieron testimonio).

A. penitencial: Ante Dios, en silencio, pidamos gracia y fortaleza para avanzar en la fidelidad al Evangelio de Jesucristo. (*Silencio*).

- Tú, que fortaleces a la Iglesia con el testimonio de los apóstoles. SEÑOR, TEN PIEDAD.
- Tú, que por medio de los apóstoles nos anuncias la gran noticia de la salvación. CRISTO, TEN PIEDAD.
- Tú, que resucitado de entre los muertos eres vida para todos los que te siguen. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia...

Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Dios todopoderoso y eterno, que consagraste los primeros trabajos de tus apóstoles con la sangre de Santiago, haz que tu Iglesia, reconfortada constantemente por su patrocinio, sea fortalecida por su testimonio, y que los pueblos de España se mantengan fieles a Cristo hasta el final de los tiempos. Por nuestro Señor Jesucristo...



Credo

Oración universal: Unidos en la fe y en la esperanza, oremos a Dios nuestro Padre diciendo: ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Por la Iglesia. Que viva el gozo de la fe en Jesucristo, y sepa transmitirla como lo hicieron los apóstoles, poniéndose siempre al servicio, especialmente de las personas más pobres. OREMOS.
2. Por los peregrinos del Camino de Santiago. Por todas las personas que buscan caminos de vida. Que encuentren a Jesucristo, el que ha dado su vida por todos. OREMOS.
3. Por los gobernantes de todos los países. Que trabajen siempre al servicio de la justicia, la paz y el bienestar de todos, sobre todo de los más débiles. OREMOS.
4. Por todas las personas que están enfermas en casa, en los hospitales y en las residencias, y por quienes las cuidan. Que vivan con serenidad y confianza y Dios las acompañe. OREMOS.
5. Por todas las personas que, por todo el mundo, son perseguidas por motivos religiosos o ideológicos. Por las que, como Santiago, son víctimas de la pena de muerte. Que esta realidad nos mueva a trabajar por la buena convivencia en nuestros ámbitos de vida. OREMOS.
6. Por nosotros. Que podamos avanzar en el camino de la vida. OREMOS.

Padre, escucha la oración que te hemos presentado y derrama sobre nosotros los dones de tu bondad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas

(PÁG. 729 MISAL)

Prefacio propio

(PÁG. 729 MISAL)

Padrenuestro: Los apóstoles, reunidos en torno a Jesús, le pidieron que les enseñara a orar. Y Jesús les enseñó a llamar a Dios con el nombre de «Padre». Por eso ahora nosotros, fieles a esa enseñanza, decimos:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). Al darte gracias, Señor, por los dones santos que hemos recibido en esta solemnidad de Santiago, apóstol, patrono de España, te pedimos que sigas protegiéndonos siempre con su poderosa intercesión. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Bendición solemne (*se puede usar*): – Dios, que os ha edificado sobre el cimiento de los apóstoles, por la intercesión gloriosa de Santiago, apóstol, os llene de sus bendiciones.

- Quien os ha enriquecido con la palabra y el ejemplo de los apóstoles, os conceda su ayuda para que seáis testigos de la verdad ante el mundo.
- Para que así obtengáis la heredad del reino eterno, por la intercesión de los apóstoles, por cuya palabra os mantenéis firmes en la fe.
- Y la bendición de Dios todopoderoso...

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Canción del testigo, MD 49-2 (649-2).

Responsorial: *¡Oh Dios, que te alaben los pueblos!, LS; A Dios den gracias los pueblos, MD 230 (830) / CLN 510.

Alabanza: MD C4 / CLN E4.

Comunión: Beberemos la copa de Cristo, MD 162 (762) / CLN O10; Tú nos das el pan del cielo, MD 196 (796); Una espiga, MD 173 (773) / CLN O17.

Final: Santa María del amén, MD 391 (991-1) / CLN 312.

Con licencia eclesialística

– Oh, Dios, protector de los que en ti esperan

Las parábolas del tesoro escondido y la perla fina establecen un contraste entre lo que vale el Reino y todo lo que podemos poseer. El Reino es Jesús, que tenemos que acoger y seguir. A veces el encuentro se da gratuita e imprevisiblemente (el tesoro escondido); otras es un don fruto de haberlo buscado en la oración, en la Palabra, los sacramentos, especialmente en la Eucaristía (la perla fina). Por tanto, Dios misericordioso se muestra a quien quiere y, a su vez, a quien lo busca: «Oh, Dios, protector de los que en ti esperan y sin el que nada es fuerte ni santo; multiplica sobre nosotros tu misericordia, para que, instruidos y guiados por ti, de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros que podamos adherirnos ya a los eternos».

– La gracia de saber escuchar

Saber escuchar es, de entrada, una prueba de amor respetuoso; es ponerse en actitud acogedora, receptiva, de discernimiento. Saber escuchar es hacer silencio acogedor, no ser el protagonista en la conversación, en la oración. En definitiva, es dejar que Dios actúe en mí. Cuando nos encontramos en la Eucaristía dominical, «este don, que él mismo nos entregó con amor inefable», somos conscientes de que aceptar el Reino –Jesús– requiere siempre de nosotros un esfuerzo de conversión para que nos demos cuenta de que nuestras redes «recogen toda clase de peces». Escuchar nos ayuda, de entrada, a pedir perdón porque nos permite «discernir entre el bien y el mal» y, así, poder reunir «lo bueno en cestos» y tirar lo malo. Escuchar nos predispone a «guardar sus palabras» y poder abrir el cofre de la Palabra de Dios que contiene «en su tesoro lo nuevo y lo antiguo», que nos ayudan a revisar nuestro ser constructores, colaboradores del Reino porque «la explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes». Escuchar es pedir que venga a nosotros tu Reino, que «tu bondad me consuele» y, a la vez, comulgar con la vida de Jesús, con el Cuerpo de Cristo, reafirmando que «tus preceptos son admirables, por eso los guarda mi alma» y pidiendo que, en su vida cotidiana, en el trabajo, con los vecinos, la familia, el barrio, el pueblo... sepa dar testimonio de que «mi porción es el Señor».

– A los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo

Pablo describe la humanidad desde la óptica de Dios mismo. Su sueño es llamarnos a realizarnos en este mundo a pesar de saber que estamos en él

de paso, caminando hacia la eternidad. Nuestra vida no acaba con la muerte, sino que tiene un destino eterno. No somos fruto del azar; Él nos ama y nos ha llamado «conforme a su designio» y por el bautismo y la vida sacramental «nos predestinó a reproducir la imagen de su Hijo». La voluntad de Dios y nuestra esperanza es que seamos parecidos a Cristo y participemos de su misma vida; por eso, la Iglesia no es un museo para contemplar estatuas de un retablo antiguo, sino que es la imagen viva de Jesús, y lo es cuando anuncia el Reino de Dios; hace discípulos bautizándolos y enseñándoles a vivir la exigencia y el compromiso del Evangelio y la comunión con Jesús y los hermanos y la presencia y acción del Espíritu Santo los justifica y los glorifica.

– **El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido [...] o a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra**

Ambas parábolas nos invitan a saber discernir dónde se encuentran los verdaderos valores y a trabajar para buscarlos; puesto que llenan verdaderamente nuestras vidas, hay, pues, prioridades, no vale todo. Quien ha descubierto los valores del Reino desde la práctica concreta de la vida ha hallado la mayor riqueza que puede desear, porque ha encontrado dónde merece la pena darlo todo, hasta la propia vida.

– **¿Habéis entendido todo esto?**

Más que una pregunta de Jesús, es una llamada a avanzar constantemente por la comprensión de la Buena Nueva del Reino, hasta que el Evangelio escuchado sea testimoniado y vivido. Jesús ha venido a dar acogida plena a la voluntad salvadora de Dios poniendo al descubierto «el tesoro» del Evangelio, «la perla» de los valores del Reino y, a su vez, abriendo para siempre la losa del sepulcro para compartir con todos la vida eterna.

– **VI Jornada de los abuelos y de los mayores**

Coincidiendo con la fiesta litúrgica de los abuelos de Jesús, Joaquín y Ana, se celebra la VI Jornada de los abuelos y de los mayores. El papa León XIV ha elegido el lema «Yo no te olvidaré» (Is 49,15) para recordar cómo este amor de Dios se dirige a cada persona y nunca falta, ni en la fragilidad de la vejez, momento en que demasiado a menudo son marginados u olvidados. También quiere ser una oportunidad para crear en las comunidades equipos de reflexión y oración como los grupos de Vida Creciente.

JOSEP RAMON RUIZ

1 lectura: 1 Reyes 3,5.7-12

Pediste para ti inteligencia.

El pasaje se sitúa en el contexto de la consolidación del reinado de Salomón tras la sucesión de David. El elemento clave es la «aparición» divina en sueños, un recurso literario típico del antiguo Oriente Próximo para expresar una revelación de Dios. Aquí sirve para confirmar la elección divina del monarca. La petición de Salomón se articula en torno a la imagen del «corazón atento», es decir, del corazón capaz de escuchar. En la antropología hebrea, el «corazón» no representa la sede de las emociones, sino del pensamiento y la voluntad. En el texto, se relaciona con una inteligencia práctica orientada al discernimiento judicial. Salomón está pidiendo una sabiduría funcional: la que le capacita para juzgar al pueblo, es decir, para gobernar conforme al orden divino. El contraste implí-

cito se establece con las peticiones habituales de poder («larga vida», «riquezas», «la vida de los enemigos»), que representan los ideales regios convencionales. La elección de Salomón invierte estos valores y enfatiza la primacía del discernimiento ético. El salmo 118 está dedicado a la Torá, entendida como manifestación normativa de la voluntad divina. La comparación con «miles de monedas de oro y plata» introduce una escala de valores donde lo ético supera lo económico. El lenguaje afectivo refleja la internalización de la ley, que se convierte en principio estructurante del sujeto, pues es fuente de vida. Su comprensión produce luz, es decir, conocimiento. Esto vincula la Torá con la verdadera sabiduría, en consonancia con la tradición sapiencial tardía.

2 lectura: Romanos 8,28-30

Nos predestinó a reproducir la imagen de su Hijo.

Este texto forma parte de la sección conclusiva del capítulo 8, donde Pablo desarrolla una teología de la esperanza en clave escatológica. El versículo inicial introduce una afirmación programática: «A los que aman a Dios todo les sirve para el bien». El contexto sugiere una acción providencial divina que integra incluso

las adversidades. Los versículos siguientes presentan una cadena de acciones cuyo sujeto es Dios: «conoce de antemano», «predestina», «llama», «justifica» y «glorifica». San Pablo no pretende describir un proceso lineal, sino una totalidad teológica desde la perspectiva de Dios. El término «conocer» tiene connotacio-

nes relacionales más que intelectuales e implica la elección. La predestinación se orienta a la conformidad con la «imagen del Hijo», lo que introduce una dimensión cristológica: el destino del creyente es participar en la filiación de Cristo. La finalidad es que Cristo sea «primogénito entre muchos hermanos», lo que sitúa la salvación en un marco comunitario. En todas estas afirmaciones subyace una certeza escatológica: la glorifica-

ción futura está ya realizada desde la perspectiva divina, lo que refuerza la seguridad de la promesa. Este fragmento de la Carta a los Romanos no desarrolla una doctrina determinista, sino una afirmación de la iniciativa divina en la salvación. El énfasis recae en la fidelidad de Dios, que garantiza el cumplimiento del proceso salvífico desde su origen hasta su consumación.

Evangelio: Mateo 13,44-52

Vende todo lo que tiene y compra el campo.

Este conjunto de parábolas pertenece al discurso parabólico de Mateo 13, centrado en el Reino de los cielos. Las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa presentan una estructura paralela: descubrimiento inesperado, valoración absoluta y acción decisiva. Ambas imágenes remiten a prácticas económicas conocidas: ocultar un tesoro en un campo ante la inseguridad y el comercio de perlas como bienes de lujo. El punto central no es el hallazgo en sí, sino la reacción: la venta de todo lo que se posee. Esto indica una reconfiguración radical de valores, donde el Reino adquiere un valor incomparable. La parábola de la red introduce un matiz escatológico, retomando la imagen de la separación final presente en otras parábolas. La red barre con todo tipo de peces, lo

que sugiere la universalidad de la convocatoria, mientras que la selección posterior indica un juicio final. El último versículo funciona como conclusión interpretativa dirigida a los «escribas instruidos en el Reino». La imagen del «padre de familia» que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas refleja la hermenéutica del evangelista: la integración de la tradición judía con la novedad del mensaje de Jesús. Desde el punto de vista redaccional, Mateo organiza estas parábolas para ofrecer un conocimiento progresivo del Reino: su valor absoluto, su exigencia radical y su dimensión escatológica. El discurso no define el Reino conceptualmente, sino que lo presenta a través de imágenes que invitan a una comprensión indirecta y dinámica.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

¡Cuántas parábolas nos cuenta Jesús para iluminar los misterios del reino de los cielos! Hoy, concretamente, acaba de regalarnos tres.

- *(El Reino es un don ofrecido)*

El Reino de Dios es su reinado sobre nosotros. No como algo impuesto, sino como don ofrecido. No como poder que atropella y aplasta, sino como fuerza que eleva, libera y sirve. Este trato de amistad con Dios, esta alianza de amor es, ante todo, promesa, un tesoro tan grande que, para conseguirlo, vale la pena apostar todo. Y no de mala gana, sino con inmensa alegría, pues es el *negocio* de tu vida.

Jesús nos habla de un tesoro escondido. Para encontrarlo y poder disfrutar de él, necesitamos la ayuda de quien «ha revelado los misterios del reino a los pequeños», es decir, de nuestro Padre celestial. Parte importante de dicha revelación fue la Ley revelada a Moisés y, dentro de ella, los diez mandamientos (literalmente: las diez palabras). Hemos de tener en cuenta que, en el lenguaje de la Biblia, la *Ley*, en hebreo la *Torá*, significa la *Enseñanza*. Una enseñanza del Señor que se traduce en palabras y en hechos. Las palabras explican sus intervenciones salvíficas y los hechos dan fe de la veracidad de sus promesas. Dicha enseñanza, en palabras del salmista, vale más «que miles de monedas de oro y plata», consuela, da inteligencia, alegra el corazón. Para poder percibir y beneficiarnos de toda esta riqueza, necesitamos lo que pedía Salomón en la primera lectura: un corazón atento. La traducción literal de esta expresión es esta: un corazón que escucha y obedece; que escucha la Palabra de Dios y se deja guiar por ella. De este modo, estaremos en condiciones de «discernir entre el bien y el mal», como pedía Salomón, así como de gobernarnos a nosotros mismos y de gobernar a otros, es decir, de servirles evangélicamente.

- *(La excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor)*

El escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos y va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo parece ser, en primera instancia, el mismo evangelista. Además, en segunda instancia, somos tú y yo cuando, a la luz de la enseñanza de Jesús y de su Pascua (lo nuevo), descubrimos anunciados, prefigurados y preparados los misterios del reino en los libros de la antigua alianza (lo viejo). El tesoro, escondido en el campo y la perla de gran valor son ese trato de amistad con Dios, en comparación con el cual todo lo demás

es nada. San Pablo lo expresa muy bien cuando escribe a los cristianos de la comunidad de Filipos diciéndoles que todo lo que para él era ganancia, lo considera pérdida a causa de Cristo. Más aún, todo lo considera pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor. Por él lo perdió todo, y todo lo considera basura con tal de ganar a Cristo (cf. Flp 3,7s). En la segunda lectura de este domingo, el apóstol de los gentiles nos habla de la predestinación. ¿Estamos predestinados? Por supuesto que sí; Dios nos ha predestinado a todos, desde antes de la creación, a «reproducir la imagen de su Hijo»; a ser hijos en el Hijo, por Él, con Él y en Él. Ese es su proyecto, esa su firme voluntad. Pero dicho proyecto precisa de nuestra colaboración libre y voluntaria. Sin ella, quedará frustrado.

● *(Paciencia y conversión)*

Es lo que nos recuerda Jesús en la parábola de la red que recoge toda la clase de peces, tan semejante a la del trigo y la cizaña: estamos en el tiempo de la paciencia de Dios, que no se cansa de llamarnos a conversión y ofrecernos los medios para que se haga realidad en nuestras vidas: la oración, la lectura y meditación de la Palabra de Dios, la confesión, el acompañamiento espiritual, el grupo de fe, los retiros, las catequesis, las obras de misericordia... Y, por supuesto, la celebración cotidiana de la nueva y eterna alianza: la Eucaristía.

Caminando por esta vía, dejándonos cuidar y guiar por él, empezamos a experimentar, con san Pablo, «que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien». Y las piezas del rompecabezas de nuestra vida y de la vida en general empiezan a encajar. No sobra ni una, pues Dios hasta del mal puede sacar bien.

Santa María, Madre del Buen Consejo, enséñanos el arte divino de perder para ganar, bajar para subir y morir para vivir la vida nueva del Resucitado.

JUAN ANTONIO AZNÁREZ

Ritos iniciales

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

(– Cada domingo nos reunimos como comunidad para participar del memorial de Cristo muerto y resucitado, donde descubrimos el tesoro del Reino de los cielos.

– Y hoy, especialmente, recordamos en la oración la Jornada Mundial de los Abuelos y los Mayores).

A. penitencial: En silencio, pongámonos en paz con Dios y también con nuestros hermanos. (*Silencio*).

– Tú, que eres la plenitud de la verdad y la gracia. SEÑOR, TEN PIEDAD.

– Tú, que te has hecho pobre para enriquecernos. CRISTO, TEN PIEDAD.

– Tú, que has venido para hacer de nosotros un pueblo santo. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Oh, Dios, protector de los que en ti esperan y sin el que nada es fuerte ni santo; multiplica sobre nosotros tu misericordia, para que, instruidos y guiados por ti, de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros que podamos adherirnos ya a los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (1 Reyes 3,5.7-12)*: La primera lectura de este domingo nos conduce a muchos siglos atrás, a la época del rey Salomón. Escucharemos cómo Salomón le pide a Dios que lo guíe y lo ilumine en su actuación y le ayude a encontrar el camino a seguir.



2. *lectura (Romanos 8,28-30)*: San Pablo, con muy pocas palabras, nos habla de la llamada que hemos recibido de Dios, para que seamos imagen de Jesucristo.

Credo

Oración universal: Unidos alrededor de Jesucristo, presentemos al Padre nuestra oración diciendo: ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Por la Iglesia. Que sepamos transmitir a todo el mundo el tesoro del amor de Dios que hemos descubierto en Jesucristo. OREMOS.
2. Por los jóvenes. Que en su búsqueda de felicidad encuentren a Jesucristo y se enamoren de Él. OREMOS.
3. Por los abuelos y los mayores. Que siempre sean tenidos en cuenta por su experiencia y sabiduría y no tengan que experimentar el abandono y la soledad. OREMOS.
4. Por nuestra sociedad. Que aumenten en ella los compromisos en favor de la justicia, de la protección de los más débiles, de la igualdad... y se haga real y visible el Reino de Dios. OREMOS.
5. Por la paz del mundo. Por todos los países, por sus gobernantes y por sus ciudadanos, particularmente por los que sufren el drama de la guerra, de la pobreza y del hambre. OREMOS.
6. Por los navegantes, por quienes están de viaje. Por las personas que están en las cárceles. OREMOS.

7. Por los que disfrutaban las vacaciones. Que sean espacios de encuentro con Dios y los demás. OREMOS.

8. Por nosotros. Que aprendamos a encontrar los tesoros de Dios que se esconden a nuestro alrededor. OREMOS.

Escucha, Padre, la oración de tu pueblo y bendice al mundo entero con tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas

(PÁG. 398 MISAL)

Prefacio dominical VI

(PÁG. 479 MISAL)

Padrenuestro: Unidos con todos los cristianos que hoy, en el mundo entero, celebran la Eucaristía, digamos ahora el padrenuestro:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). Hemos recibido, Señor, el santo sacramento, memorial perpetuo de la pasión de tu Hijo; concédenos que este don, que él mismo nos entregó con amor inefable, sea provechoso para nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Despedida: La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Podéis ir en paz.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Ciudadanos del cielo, MD 11 (611-1) / CLN 709; Qué alegría cuando me dijeron, MD 222 (822) / CLN 525.

Responsorial: *Cuán to amo tu ley, Señor, LS; Señor, tú tienes palabras de vida eterna, MD 138 (738) / CLN D43.

Alabanza: MD C4 / CLN E4.

Comunión: Bienaventuranzas, MD 54 (654) / CLN O16; Dichosos para siempre, MD 55 (655) / CLN 737.

Final: Estrella y camino, MD 385 (985-1).

Con licencia eclesiástica

– «Pronunció la bendición...»: ¡Eucaristía!

La frase entera del texto del evangelio de hoy –el relato de la multiplicación de los panes– dice que Jesús, «tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente». Son los verbos que se dicen en el corazón de cualquier oración eucarística. La Iglesia, como había hecho Jesús, toma el pan, dirige la mirada al cielo, de donde debe venir la maravilla por obra y gracia del Espíritu Santo; hace de él «Eucaristía», es decir, plena y total «acción de gracias» a Dios por todo en la vida; parte el pan, condición indispensable para poder repartirlo y, por ende, compartirlo.

Es así que, por obra y gracia también del amor de los comensales, el pan puede llegar a todos para poder ser comido y, así, tener vida. Porque este es el pan que alimenta de verdad, es el pan que pedía Isaías y del cual nos habla en la primera lectura: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?». El pan de la Eucaristía deja verdaderamente saciado y lleno de vida a quien participa en ella.

La multiplicación de los panes, preludio de la Eucaristía que Jesús dejará como testamento la noche antes de ser detenido y que culminará dando la vida al morir en la cruz, resume y define perfectamente la vida nueva de Jesús porque toda su vida es Eucaristía, es donación de él mismo para que los otros lo coman y tengan vida. Su vida es salvadora porque hace vivir una vida con un horizonte nuevo, el horizonte de Dios, la plenitud del Reino.

– El pan celestial

El tiempo de verano en que nos encontramos nos puede facilitar hoy hacer una buena catequesis mistagógica de la Eucaristía que celebramos cada domingo, cada día. No estamos en ninguna fiesta eucarística especial (Jueves Santo, Corpus...), sino en la *normalidad* de la presencia de los misterios divinos, tan extraordinariamente *anormales* que no nos deberían permitir jamás acostumbrarnos a ellos, de manera que ya no fuéramos conscientes de la maravilla a la cual nos invita Dios continuamente para que tengamos vida, una verdadera vida divina en nuestra vida tan normalmente humana.

La oración de poscomunión que la liturgia propone hoy nos puede permitir extendernos en esta mistagogía. Le decimos a Dios que somos conscientes de que el pan que hemos recibido en la Eucaristía no es un pan normal, es pan celestial, es el mismo Cuerpo de Cristo que ha vuelto a bajar del cielo. Es pan

para ser comido porque este sí que alimenta de verdad la vida y, por eso, Dios nos lo da gratuitamente –es gracia–; no es el pan terrenal por el cual debemos pagar precios tan altos que provocan que mucha gente no pueda comerlo.

Este es el sostenimiento que sacramentalmente Dios nos ha dado para que, por un lado, tengamos ahora ya la salvación eterna y, al mismo tiempo, dejándonos llevar por su gracia, cada vez seamos más dignos de ella. Qué oración más preciosa. Nos permite no solo ofrecer los dones en la mesa de la Eucaristía, sino ofrecernos también nosotros mismos en la mesa de la vida diaria, amando como lo hizo Jesús para ir siendo, como Él, Eucaristía, donación, acción de gracias en todo lo que hacemos y somos.

– No os despidáis, ¡acoged!

La escena de la multiplicación de los panes comienza en un momento muy delicado para Jesús: aquel en que se entera de la muerte de Juan Bautista. Con él habían acariciado juntos la idea del Reino; había empezado a predicar con las mismas palabras de Juan cuando él, en la cárcel, ya no podía hacerlo. Se habían amado profundamente desde el amor de Dios. Jesús necesita orar, estar solo, ordenar sus pensamientos... y la gente no lo deja en paz porque necesitan la predicación del Reino hecha de la Palabra y la curación de sus males: ¡Se lo comen!

Jesús podía caer en la tentación de los apóstoles: echadlos, molestan. Y es cierto. Pero el Reino de Dios va por otro lado: acoged, compartid gratuitamente lo que tenéis, y habrá para todos y sobraré. Eso es el Reino de Juan, de Jesús, de Dios y de la Iglesia.

– Nada nos alejará del amor de Cristo

Se preguntaba san Pablo en la segunda lectura dirigida a los Romanos: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?». Y él mismo contestaba con firmeza: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor».

Que la participación plena de la Eucaristía nos dé esta misma firmeza de la fe en la vida.

JOAN TORRA

1 **lectura: Isaías 55,1-3**

Venid y comed.

El pasaje se sitúa en el contexto del exilio babilónico tardío. Contiene una invitación profética formulada en categorías sapienciales y dirigida a los «sedientos», expresión simbólica que designa a quienes carecen de recursos y, desde la perspectiva teológica, a los que buscan restauración. El lenguaje comercial introduce una paradoja: el acceso a los bienes ofrecidos por Dios no se rige por la lógica económica convencional. La salvación no se adquiere, se recibe. El «agua», el «trigo» y la «leche» sugieren abundancia y plenitud, evocando imágenes de fertilidad asociadas a la tierra prometida. Sin embargo, el énfasis no recae en los bienes materiales, sino en la eficacia de la palabra divina. La pregunta retórica «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta?» introduce una crítica a las falsas fuentes de satisfac-

ción, posiblemente aludiendo a prácticas idolátricas o a dependencias culturales del entorno babilónico. El imperativo «escuchad» articula el núcleo del pasaje: la vida depende de la acogida de la palabra divina. Esta escucha no es meramente auditiva, sino existencial. La noción de «alianza eterna» está vinculada a la fidelidad a David. La promesa davídica se interpreta en clave colectiva: el pueblo entero participa ahora de esa relación privilegiada. El salmo celebra la realeza de Dios desde una perspectiva universalista. Destaca atributos divinos relacionados con su providencia. La creación entera es la destinataria del cuidado divino y la imagen de Dios como aquel que «abre su mano» expresa la dependencia radical de las criaturas respecto al Creador.

2 **lectura: Romanos 8,35.37-39**

Ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo.

Este texto representa el clímax retórico de todo el capítulo 8. A partir de una serie de preguntas, se enfatiza la imposibilidad de separar al creyente del amor de Cristo. La enumeración de adversidades (tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez,

peligro, espada) refleja experiencias concretas de la comunidad a la que se dirige la carta, así como tópicos presentes en la literatura apocalíptica. La afirmación central —«en todo esto vencemos de sobra»— intensifica la idea de victoria. Esta no se

entiende en términos de eliminación del sufrimiento, sino como su integración en una dinámica salvífica. El que ha realizado esta victoria es «el que nos amó», referencia implícita a Cristo, cuyo amor se manifiesta en su muerte y resurrección. Los versículos finales presentan una lista exhaustiva de posibles fuerzas separadoras: muerte-vida, ángeles-potestades, presente-futuro, potencias, altura-profundidad. Esta enumeración refleja la cosmovisión antigua, donde

múltiples entidades podían influir en el destino humano. Pablo niega la capacidad de todas ellas para romper la relación establecida por Dios. La expresión «amor de Dios manifestado en Cristo Jesús» sintetiza la teología paulina: el amor no es una cualidad abstracta, sino una acción histórica mediada por Cristo. El pasaje, en su conjunto, afirma así la irrevocabilidad de la salvación desde la perspectiva de la fidelidad divina, más allá de cualquier contingencia.

Evangelio: Mateo 14,13-21 Comieron todos y se saciaron.

La versión mateana del relato de la multiplicación de los panes se sitúa tras la muerte de Juan el Bautista. El retiro de Jesús a un lugar apartado responde a una lógica narrativa de repliegue, pero la multitud lo sigue, transformando el espacio desierto en lugar de encuentro. La mención del desierto evoca el éxodo. La compasión de Jesús introduce la motivación de la acción. El diálogo con los discípulos revela una tensión entre lógica humana y acción divina: la insuficiencia de recursos contrasta con la magnitud de la multitud. La instrucción de Jesús reorganiza la situación: el gesto de «tomar, bendecir, partir y dar» anticipa la estructura ritual que aparecerá en la Última Cena, sugiriendo una lectura eucarística en la tradición posterior. El número de los comen-

sales y las doce canastas sobrantes tienen un valor simbólico: remiten a la plenitud de Israel (doce tribus) y a la sobreabundancia del don divino. El milagro no solo satisface una necesidad inmediata, sino que manifiesta una lógica de exceso. Desde el punto de vista redaccional, Mateo sigue de cerca a Marcos, pero enfatiza el papel de los discípulos como mediadores —«dadles vosotros de comer»—, reflejando así el lugar que ocuparán en la comunidad postpascual. El relato combina elementos de tradición milagrosa con resonancias veterotestamentarias (como el maná o la figura de Eliseo en 2Re 4), acentuando la identidad de Jesús como mediador de la providencia divina en continuidad y superación de las figuras anteriores.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

Estas lecturas nos manifiestan el deseo de Dios de querer ser nuestro alimento para el camino de la vida. La primera lectura insiste en la gratuidad del amor de Dios. La gratuidad de un alimento que es una ayuda de Dios para vencer las dificultades y los dolores de la vida, como manifiesta Pablo en la segunda lectura, insistiendo en el amor con que nos ama Jesucristo. Todo culmina en la asociación que Jesucristo nos propone de unirnos a su tarea salvadora dándonos el pan, que es él mismo, para que nosotros lo demos y nos demos a la gente.

- *(Venid a mí: escuchadme y viviréis)*

La primera lectura nos recuerda la llamada de Isaías a que el pueblo se acerque a Dios: venid al agua, comprad todo lo que os haga falta sin pagar, no compréis cosas que no os llenan; «venid a mí: escuchadme y viviréis». Santa Teresa de Jesús nos lo resumió con su «solo Dios basta». No busquéis la felicidad en lo externo y accesorio que no os ayudará a vivir la vida con sentido. Hoy, nosotros hemos experimentado la llamada sutil a todo tipo de consumismo que nos promete la más alta felicidad, pero que nos sumerge en una carrera desenfrenada de cualquier tipo de novedad: en la moda, la comida, las relaciones interpersonales, la fama (los likes). Sí, podemos afirmar que solo Dios basta.

- *(La ayuda de aquel que nos ama)*

¿Quién o qué nos puede separar del amor de Cristo? Cuando la fe se sustenta en un comercio con Dios, en el criterio del «*do ut des*», la firmeza de esta fe es débil. Sería como decir que si Dios hace lo que yo quiero que haga, entonces creeré. Nos pareceríamos al Pedro al que regaña Jesús porque Jesús quiere ser un Mesías distinto al que Pedro se había imaginado. Las dificultades de la vida las superamos con la ayuda de Dios, que nos ama. Y eso es importante: ser consciente de que Dios nos ama, a pesar de que quizás no nos ama como a nosotros nos gustaría que lo hiciera. San Pablo afirma contundente su seguridad de que nada será capaz de alejarlo de Dios y de su amor manifestado en Jesucristo. Pero podemos añadir: siempre que nos dejemos amar por él y de la manera que él nos quiera amar, porque a veces Dios ama de una manera sorprendente e incomprensible. Nuevamente, santa Teresa de Jesús nos ayuda a entenderlo con un refrán que se le atribuye: «Dios escribe derecho con renglones torcidos».

- *(Los discípulos daban el pan a la gente)*

Ante la muerte de Juan Bautista, Jesús se queda en silencio y se retira a orar a un lugar despoblado. Pero a pesar de su dolor por la muerte de su pariente, se compadece del gentío que lo seguía y cura a sus enfermos. ¡Qué testimonio, el de Jesús, y qué invitación nos hace a la compasión, a sentir como propio el dolor ajeno! ¡Qué alegría contemplar la ternura de los sentimientos de Jesús! Los discípulos, a su vez, también son sensibles ante la gente que no ha comido, pero parece que consideran que no les toca a ellos reaccionar ante esta situación. Parece que piensen: «Ya se apañarán». La mirada de Jesús es muy diferente e implica a los discípulos: «Dadles vosotros de comer». Pero los discípulos tienen poco. Y Jesús realiza un signo maravilloso: multiplica la pequeñez de los cinco panes y los dos peces y se lo da a los discípulos para que los repartan, para que todos puedan comer. Y hoy nosotros podemos pensar que Jesús, a través de los cinco panes y dos peces que somos nosotros mismos, tan pobres como somos, se hace compañero de los pobres, de los enfermos, de los abandonados, de los últimos. Jesús se hace Eucaristía para todos a través de nuestra pequeñez, porque pidiéndonos que repartamos los panes y los peces a la gente, nos pide que nos demos a nosotros mismos como buen alimento, como buen pan para todos.

- *(La fuente de vida plena)*

De la mano del profeta Isaías hemos aprendido que Dios nos ama tanto que nos sacia y nos llena con su vida. Una vida plena, nos ha dicho san Pablo, que es un don de Dios que se manifiesta a través de Jesucristo, su Hijo. Un Hijo que se hace Eucaristía, donación y entrega, y que nos invita a que, en su seguimiento, nosotros nos donemos como él se dona, siendo buen pan, pan eucarístico, para todos.

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

Ritos iniciales

Jesús, el Señor, el pan de vida, esté con todos vosotros.

(– Sed bienvenidos, hermanas y hermanos, a celebrar la Eucaristía del domingo. Jesús nos convoca alrededor de su mesa, como aquellos discípulos se reunieron en un lugar tranquilo y apartado y él les dio el alimento que necesitaban. Jesús también nos da el alimento de nuestra fe: su cuerpo y su sangre, su presencia viva entre nosotros).

A. penitencial: Preparémonos para participar en esta comida. Para recibirlo debidamente, pidamos perdón por nuestros pecados. (*Silencio*)

1. Tú, que tienes compasión de los que te buscan. SEÑOR, TEN PIEDAD.
2. Tú, que ofreces esperanza a los enfermos y agobiados. CRISTO, TEN PIEDAD.
3. Tú, que das alimento a los hambrientos. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia...

Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Atiende, Señor, a tus siervos y derrama tu bondad imperecedera sobre los que te suplican, para que renueves lo que creaste y conserves lo renovado en estos que te alaban como autor y como guía. Por nuestro Señor Jesucristo...

Liturgia de la Palabra

1. *lectura* (Isaías 55,1-3): Escuchemos ahora un fragmento del profeta Isaías en el que Dios invita a comer y a beber a los hambrientos y sedientos, ofrece gratis un alimento que puede saciar de verdad el hambre más profunda de la persona; un alimento que da vida. Es una profecía que nos remite al alimento que Jesús dará a los discípulos en el evangelio y al que nos da a nosotros en la Eucaristía.



2. *lectura* (Romanos 8,35.37-39): Escuchemos ahora cómo san Pablo anima a sus lectores, mostrándoles cómo el amor de Dios hacia nosotros es más grande que todos los problemas y dificultades que podamos tener. Un amor que se ha manifestado en Jesús y del que nada puede alejarnos.

Credo

Oración universal: Oremos a Dios, nuestro Padre, para que su vida y su amor lleguen a todo el mundo. Oremos diciendo: ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Por toda la Iglesia, comunidad de discípulos en torno a la mesa que el Señor nos prepara. OREMOS.
2. Por todas las personas que están enfermas y esperan la salud y el acompañamiento. OREMOS.
3. Por las personas y empresas del sector turístico. Por todas las personas y familias que quieren gozar de unos días de turismo. OREMOS.
4. Por las personas y familias que tienen dificultades para ganarse el pan de cada día. OREMOS.
5. Por nuestros familiares, amigos y vecinos difuntos y por todas las personas que les echan en falta. OREMOS.
6. Por nuestras familias y todas las de nuestro barrio/pueblo. OREMOS.
7. Por... OREMOS.
8. Por quienes hoy vivimos la comunión que nos ofrece Jesucristo invitándonos a su mesa. OREMOS.

Escucha, Padre, nuestra oración y danos el alimento de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas (PÁG. 399 MISAL)
Prefacio III de la Eucaristía (PÁG. 488 MISAL)

Padrenuestro: Tal como Jesús nos enseñó, pidamos al Padre del cielo que no le falte a nadie el pan de cada día, ni nos falte tampoco a nosotros el pan de la Eucaristía. Unidos a él, nos atrevemos a decir:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). A quienes has renovado con el don del cielo, acompáñalos siempre con tu auxilio, Señor, y, ya que no cesas de reconfortarlos, haz que sean dignos de la redención eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Despedida: Que la Eucaristía que hemos recibido nos haga dar un digno testimonio del amor de Dios en nuestra vida. Hermanos y hermanas, podéis en paz.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: ¡Sálvanos, Señor Jesús!, MD 1-2 (601-2) / CLN A14; Aclama al Señor, tierra entera, MD 239 (839) / CLN 517; Qué alegría cuando me dijeron, MD 222 (822) / CLN 525; Vienen con alegría, MD 65 (665) / CLN 728.

Responsorial: *Abres la mano, Señor, LS; Gustad y ved, MD 245 (845) y MD 234 (834) / CLN 518.

Aleluya: MD C5 / CLN E5.

Comunión: Tú nos das el pan del cielo, MD 196 (796); Yo soy el pan de vida, CLN O38; Comiendo del mismo pan, MD 180 (780) / CLN O27; Oh, Señor, yo no soy digno, MD 194 (794) / CLN O40.

Final: Que el Señor nos bendiga, MD 119 (719); Id al mundo entero, MD 160 (760).

Con licencia eclesialística

– ¿Dónde encontraré a Dios?, se pregunta Elías

Ha sido fiel a lo que ha creído que Dios le pedía, se ha enfrentado al poder y ha acabado teniendo miedo, mucho miedo, y huyendo lejos. ¿He hecho lo que Dios quería?, se pregunta. ¿Cómo puedo saberlo? ¿Dónde lo encontraré? Y Dios mismo lo acompaña y alimenta para que llegue a la montaña de Dios, el Horeb. ¿Encontraré allí a Dios porque está de una manera particular? Y la palabra lo guía: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor».

El paso de Dios debe ser espectacular, extraordinario, incuestionable. Pero Dios no es la ventolera, a pesar de que lo había sido en la creación y lo fue en la venida del Espíritu. Dios no es el terremoto, a pesar de que en el Horeb la tierra había temblado con el profeta Moisés y él pudo haber acampado allí cuando les dio la Ley. Ni es el fuego, a pesar de que la llama de fuego ardiente es signo de su presencia. Qué fácil sería que estuviera concentrado y concretado en una de estas cosas o en un solo lugar. Ya podríamos tenerlo con nosotros, quizás en exclusiva, saber dónde está y tenerlo controlado. ¡No!

Elías descubre que Dios está en «una brisa suave», en la cotidianidad de la vida, en el acompañamiento con que rodea a la persona y al mundo, como acaba de hacer con él mismo. Por eso, «cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva», quizás avergonzado de no haberlo descubierto antes, quizás temeroso de no ser capaz de vivir siempre en su presencia. ¡No importa! El paso de Dios lo ha transformado. El paso de Dios es «Pascua».

– Jesús sabe dónde encontrar a Dios

¡Es así! Ha alimentado a la gente en la multiplicación de los panes. Ahora ya los puede despedir y no como lo habían hecho antes los discípulos. Ahora puede subir «al monte a solas para orar». Tiene buenos motivos para desear estar solo con Dios, su Padre: la muerte de Juan Bautista le pone ante sus ojos humanos la imagen del destino que le espera. Otra razón es la multitud que lo ha seguido y para la que, con la fuerza de Dios, ha multiplicado el pan, anticipando así el signo de la Eucaristía, lo que hará antes de su muerte. En estos momentos intensos necesita la proximidad del Padre en la oración. Y la oración lo recompone, es nueva creación, es el sonido de «una brisa suave» para su vida.

– Y los discípulos, ¿dónde encontrarán a Dios?

Los discípulos van con una barca surcando sobre las ondas del mar y les cuesta avanzar porque el viento es contrario. Una imagen bien bíblica de la Iglesia, la comunidad de los discípulos puestos en el mundo, vigilando que el mal no los engulla. A pesar de ello, esta comunidad no está del todo completa: falta Jesús. Sin su presencia, nada es posible. Solo con el esfuerzo humano no podrá avanzar demasiado.

Es por eso que Jesús se les hace presente en medio de esta situación complicada y se da a conocer entre ellos: «Soy yo». «Para eso he venido al mundo», dirá en otros momentos, para estar con la comunidad, para dar fuerza allí donde ya existe un esfuerzo humano de avanzar venciendo el mal del mundo.

Dios mismo se les hace realmente presente en Jesús, el Hijo de Dios, que los sigue, caminando sobre el agua sin hundirse. Solo deben reconocerlo encarnado en la proximidad material de la vida. Cómo se lamenta san Pablo de que el pueblo de su linaje no lo haya sabido hacer, ¡sobre todo porque el mismo Cristo es de su linaje!

– «¡No tengáis miedo!»

Como casi siempre, es Pedro quien da voz a la duda que acompaña la fe: «Señor, si eres tú...». Y cuando él –como cualquier creyente– es capaz de creer que Dios está con él para darle fuerza, que Dios está por encima del mal del mundo y de las dificultades de la vida, es capaz también de «andar sobre el agua». Cuando, víctima de la debilidad humana, no cree que eso sea posible, se hunde.

Entonces surge por boca de Pedro la oración inicial de cualquier creyente, de cualquiera de nosotros: «Señor, sálvame», oración a la cual Jesús responde dando la mano y, con ella, la salvación. Esta es la experiencia fundamental de la fe. Comienza por el reconocimiento de la propia pequeñez y desde ella llega a la humildad de aceptar la salvación que viene de Dios. No es raro que el relato acabe cuando Jesús sube a la barca, momento en que el viento amaina y los discípulos lo reconocen: «Realmente eres Hijo de Dios».

– Nuestra fe

¡Sí! Esta es la profesión de fe que en cada Eucaristía repetimos, actualizando así el sacramento bautismal y completando la iniciación cristiana.

JOAN TORRA

1 lectura: 1Reyes 19,9a.11-13a

Permanece de pie en el monte ante el Señor.

El relato de 1Reyes 19 presenta a Elías en un momento de crisis tras su confrontación con los profetas de Baal. El contexto inmediato es la huida del profeta hacia el Horeb, lugar vinculado a la tradición mosaica. El texto establece un paralelismo deliberado con la experiencia de Moisés en el Sinaí, pero introduce una relectura crítica del modo de manifestación divina. La secuencia de fenómenos naturales remite a teofanías clásicas del Antiguo Testamento, donde el Señor se manifiesta con poder cósmico. Sin embargo, el narrador insiste en que «no estaba» en ninguno de estos elementos. Desmitologiza así las manifestaciones espectaculares y reorienta la comprensión de la presencia divina. El punto culminante es la imagen del «susurro de brisa suave» que subraya una forma de revelación que no se impone por la

fuerza, sino que exige disposición interior para ser percibida. Este contraste introduce una crítica a las expectativas proféticas centradas en el poder visible. Dios no queda circunscrito a lo extraordinario ni a lo espectacular, sino que puede manifestarse en lo imperceptible. Desde el punto de vista literario, el relato articula una transición en la identidad de Elías: de profeta celoso y violento (1Re 18) a figura que debe reaprender la mediación de la palabra divina. El salmo responsorial pertenece al género de súplica comunitaria con elementos de acción de gracias. Refleja una situación donde el pueblo experimenta la tensión entre la promesa divina y la realidad histórica. Articula una visión de la salvación no como intervención puntual, sino como reorganización integral del orden moral y cósmico.

2 lectura: Romanos 9,1-5

Desearía ser un proscrito por el bien de mis hermanos.

Este pasaje introduce la sección de Romanos 9–11, donde Pablo aborda el lugar que ocupa Israel en el plan salvífico. El tono inicial es intensamente personal: el apóstol afirma su veracidad mediante fórmulas solemnes («digo la verdad en Cristo, no miento»), lo que subraya la gravedad del

tema. Expresa un dolor profundo por la situación de Israel, descrito en términos hiperbólicos: estaría dispuesto a ser *anatema* por sus hermanos. Esta afirmación recuerda la intercesión de Moisés en Éxodo 32, estableciendo una continuidad tipológica entre ambos mediadores. Se trata de

un recurso retórico que enfatiza la solidaridad de Pablo con su pueblo. El pasaje enumera los privilegios de Israel: adopción filial, gloria, alianzas, legislación, culto y promesas. Esta lista tiene un carácter acumulativo que subraya la centralidad histórica de Israel en la economía de la salvación. El término *gloria* alude a la presencia divina, mientras que *alianzas* recoge el eje transversal de la historia del pueblo. El clímax se alcanza con la referencia a Cristo «según la carne», que

procede de Israel. Desde el punto de vista argumentativo, el texto prepara la reflexión sobre una aparente paradoja: si Israel posee tales privilegios, ¿cómo explicar su no aceptación del evangelio? Pablo no responde aún, pero establece un marco donde la fidelidad de Dios no queda cuestionada. En términos teológicos, el pasaje afirma simultáneamente la continuidad histórica de la salvación y la tensión introducida por la respuesta humana.

Evangeliio: Mateo 14,22-33 Mándame ir a ti sobre el agua.

Este episodio se sitúa inmediatamente después de la multiplicación de los panes, creando un marco de manifestación mesiánica. Desde una perspectiva literaria, combina teofanía, milagro y enseñanza discipular. La figura de Jesús se presenta con atributos divinos, mientras que los discípulos encarnan el proceso gradual de reconocimiento mesiánico. La escena contiene varios elementos simbólicos: la barca representa a la comunidad, el mar evoca el caos y las fuerzas adversas, y la noche intensifica la dimensión de prueba. Jesús aparece caminando sobre el agua, gesto que en la tradición bíblica se asocia con el dominio exclusivo de Dios sobre el mar (cf. Job 9,8). La reacción de los discípulos («es un fantasma») refleja incompre-

sión y temor. La autodeclaración de Jesús —«Soy yo»—, evoca el nombre divino revelado en Éxodo 3,14. La petición de Pedro de caminar hacia Jesús introduce un motivo de fe en tensión. Pedro participa inicialmente del poder de Jesús, pero su miedo lo lleva a hundirse. Representa de forma paradigmática la fe vacilante. El reproche de Jesús apunta a una concepción de la fe no como ausencia de duda, sino como confianza sostenida. La acción de Jesús al salvar a Pedro reafirma su autoridad. El relato culmina con la confesión de los discípulos: «Realmente eres Hijo de Dios». Esta declaración anticipa desarrollos cristológicos posteriores y marca un avance en la comprensión de la identidad de Jesús dentro del evangelio.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

Las lecturas de este domingo nos presentan las dificultades por las que pasan los fieles del Señor y la misma comunidad de creyentes, la Iglesia. Pero también contemplamos la presencia salvadora de Dios y su acompañamiento misericordioso en medio de las dificultades.

• (*El Señor pasará*)

Dios siempre está presente. El profeta Elías ha vencido a los profetas de Baal y se ha burlado de él, lo cual ha provocado la ira de la reina Jezabel, que lo persigue. Y Elías huye al Horeb, harto de ser profeta e incluso queriendo morir. Pero Dios lo anima: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor». Dios está, aunque quizás no de la manera que nosotros esperamos: no está en el huracán ni en el terremoto ni en el fuego, elementos en los que se manifestaba Baal. Dios está en la brisa suave, en la intimidad, en el silencio. En la intimidad de una habitación, como dirá Jesús en su enseñanza sobre la oración (cf. Mt 6,5-8). Sí, Dios está, Dios pasa, Dios es siempre presencia y Pascua.

• (*Los brotes verdes de la esperanza*)

Muy a menudo nos hemos encontrado, personalmente y también en instituciones de todo tipo y como Iglesia, que nos sentíamos perdidos, como en un mar de dudas. San Pablo lo expresa en la Carta a los Romanos que leemos hoy: «Siento una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón», a causa del rechazo a Cristo por parte de los de su «raza». Sin embargo, también hay brotes verdes y para san Pablo la esperanza queda manifestada en Cristo, surgido de este pueblo: «De ellos procede Cristo, según la carne; el cual está por encima de todo, Dios bendito por los siglos». Nuestra esperanza no debería estar fundamentada en ver el vaso medio lleno. Debemos fundamentarla en el Señor, creyendo que Dios está a nuestro favor y que nos acompaña con su fuerza. La confesión de fe de los que están con Jesús en la barca ya estabilizada –«Realmente eres Hijo de Dios»– está en consonancia con la afirmación de san Pablo, que ya hemos citado en la Carta a los Romanos: «Cristo [...], el cual está por encima de todo». La confianza en el acompañamiento de Dios no nos ahorra esfuerzo y compromiso. San Pablo nos lo recuerda en la Carta a los Filipenses: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (4,13).

• *(El miedo de encontrarnos con Jesús)*

El evangelio nos dibuja algunos rasgos de Jesús. Es un maestro que educa mediante la acción: obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él hacia la otra orilla. Hace y hace hacer: los embarca en una aventura para que la vivan solos. También se nos dibuja a un Jesús que sube al monte (como Moisés) para orar largamente. Sube solo, buscando la intimidad con Dios. ¡Qué ejemplo para nosotros! Mientras tanto, los discípulos pasan dificultades; el viento les es contrario. Jesús sale a nuestro encuentro y al encuentro de la Iglesia para apagar el mal momento. Y quizás por eso nos da miedo reencontrarnos con él y lo vemos como un fantasma, porque ya no lo reconocemos ni en la Escritura (como los discípulos de Emaús) ni en los pobres (como las cabras del juicio final de Mateo 25). Y entonces, como Pedro, queremos poner a Jesucristo a prueba: «Señor, si eres tú...».

• *(La barca que Jesús, el Hijo de Dios, serena)*

Tradicionalmente, se ha identificado a la Iglesia con la barca en medio de la tempestad. No haremos apología de los veintiún siglos de duración de la Iglesia, pero sí que será necesario que seamos conscientes de los malos tragos y miserias por los que ha pasado –y todavía pasa–. Citaremos la infidelidad a la llamada a la unidad que hace Jesús en la Última Cena en el cuarto evangelio, manifestada en los distintos cismas. También citaremos el alejamiento de la Iglesia del mundo obrero en el siglo XIX. Pero lo que más nos consuela y redime es el grito de Pedro, que es el grito de toda la Iglesia, cuando dice: «Señor, sálvame». Y entonces recibimos el tierno calor de Jesús, que nos da la mano y nos dice: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?», y el viento amainó. Solo la fe en el Hijo de Dios nos puede salvar y puede hacer que la Iglesia sea de verdad la Iglesia que Jesús ha soñado.

Tengamos fe. Dios sale constantemente a nuestro encuentro y nos acompaña. Solo tenemos que dejarnos amar por Dios viviendo la experiencia gozosa del seguimiento de su Hijo, Jesucristo.

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

Ritos iniciales

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

- Estamos en pleno verano y con mucho calor, pero no hacemos vacaciones de Dios. Por eso, como cristianos celebramos el domingo.
- Jesús nos dice que no tengamos miedo, que tengamos fe. Con este aliento de esperanza queremos encontrarnos con el Señor).

A. penitencial: En silencio, preparémonos para escuchar la Palabra de Dios y para alimentarnos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. (*Silencio*).

- Tú, que has venido a buscar al que estaba perdido. SEÑOR, TEN PIEDAD.
- Tú, que has querido dar la vida en rescate por todos. CRISTO, TEN PIEDAD.
- Tú que reúnes a tus hijos dispersos. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

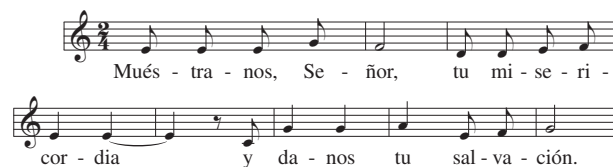
Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Dios todopoderoso y eterno, a quien, instruidos por el Espíritu Santo, nos atrevemos a llamar Padre, renueva en nuestros corazones el Espíritu de la adopción filial, para que merezcamos acceder a la herencia prometida. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Después de la colecta se hace una pausa, y no se empieza la liturgia de la Palabra hasta que todos estén sentados y atentos.

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (1 Reyes 19,9a.11-13a)*: Escuchemos una historia de los tiempos antiguos. El profeta Elías, perseguido por la reina Jezabel, huye a la montaña. Y allí Dios se le manifiesta de una forma que él no esperaba. Elías esperaba una gran manifestación de Dios y, en cambio, Dios se le muestra de una forma muy sencilla, muy cotidiana. Y así le da paz y confianza.



2. *lectura (Romanos 9,1-5)*: Escuchemos ahora a san Pablo, que nos habla de lo mucho que desea que sus hermanos del pueblo de Israel lleguen a creer en Jesucristo.

Credo

Oración universal: Con la fe que hemos profesado, presentemos al Padre nuestra oración diciendo: TE ROGAMOS, ÓYENOS.

1. Para que la Iglesia avance en medio de este mundo mostrando el amor sin límites de Dios. OREMOS.
2. Para que no falten entre nosotros personas que sientan la llamada a servir a la Iglesia y a la sociedad. OREMOS.
3. Para que los enfermos, y todos los que sufren, encuentren consuelo y esperanza en Cristo, que camina a su lado. OREMOS.
4. Para que las personas y familias de entre nosotros que no tienen lo necesario para vivir, encuentren acogida y ayuda. OREMOS.
5. Para que por todo el mundo se extienda la conciencia de que tenemos que cuidar el planeta. OREMOS.

6. Para que nosotros no dejemos nunca de ir, en medio de este mundo, hacia Jesús. OREMOS.

Escucha nuestra oración, Padre, y derrama sobre nosotros tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas (PÁG. 400 MISAL)

Plegaria eucarística IV con su prefacio (PÁG. 558 MISAL)

Padrenuestro: Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). La comunión en tus sacramentos nos salve, Señor, y nos afiance en la luz de tu verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Despedida: La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Podéis ir en paz.

Hoy habría que recordar que el próximo sábado celebramos la Asunción de María, e invitar a todos a participar de la Eucaristía.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: La alianza nueva, MD 371 (971) / CLN 253.

Responsorial: Muéstranos, Señor, tu misericordia, MD 113 (713).

Aleluya: MD C5 / CLN E5.

Comunión: Tú eres, Señor, el pan de vida, MD 163 (763) / CLN O41; Que la lengua humana, MD 164 (764-1); Oh Señor, delante de ti, MD 193 (793).

Final: Humilde nazarena, MD 384 (984-1) / CLN 306.

Con licencia eclesial

– En el corazón del verano...

Va muy bien celebrar esta fiesta de la Virgen, la de su Pascua, porque es un tiempo más festivo, más propenso a contemplar la figura de María como paradigma para nosotros, para la Iglesia y para cada cristiano. Tengamos presente que es sábado y que mañana nos volveremos a encontrar para la Eucaristía dominical.

Hay dos textos de la liturgia de hoy que podemos usar para situar con precisión el sentido de la fiesta y hacerlo equilibradamente, sin excesos de ningún tipo, que es la mejor manera de alabar la figura de María. Hay otros, pero este año me gustaría sugerir estos.

– La oración colecta de la vigilia

El primero es la oración colecta de la misa de la vigilia, porque allí se dice que Dios ha puesto sus ojos en la pequeñez de santa María Virgen –cosa con la que remite al Magnificat del evangelio–, y le ha concedido la gracia de ser la Madre de su Hijo encarnado –haciendo presente así la anunciación y la encarnación–. Pero es la fiesta de hoy cuando celebramos que Dios la ha coronado con la gloria más excelsa –ha sido asunta al cielo–. Por eso, sigue diciendo, pedimos que, ayudados por su oración, podamos ser salvados por el misterio de la redención de Jesús, su Hijo, y, tal como ha pasado con ella –y hoy lo celebramos–, podamos ser enaltecidos un día por Él en el Reino celestial.

– El prefacio de la misa

El otro texto es el prefacio propio de la misa: «Porque hoy ha sido elevada a los cielos la Virgen, Madre de Dios; ella es figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada; ella es ejemplo de esperanza segura y consuelo del pueblo peregrino». En el marco del Vaticano II, en la Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, reencontramos a la Virgen como «imagen» (modelo) de lo que debe ser la misma Iglesia. Ella es «la primicia» (la primera) que ha llegado a ese destino al que, gracias a Cristo, toda la Iglesia está destinada. La fe de María es la fe de la Iglesia, la de cada cristiano.

Y volvemos a encontrar el vínculo íntimo con la anunciación y la encarnación, alabando el hecho de que «con razón no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro la que, de modo admirable, concibió en su seno al autor

de la vida, tu Hijo encarnado». Jesús es, pues, la Palabra por la que todo ha sido creado y el único Salvador por el que estamos llamados a la plenitud en el Reino del cielo.

– El canto del Magníficat

Hay que descubrir y alabar las actitudes de María en esta vida para que sean útiles para nosotros. Con ella, con su canto de alabanza, magnificamos al Señor; cantamos su santidad; nos maravillamos con la obra salvadora de Dios. En este cántico maravilloso de la fe de María encontramos tres expresiones correlativas de su excelente proceso de fe.

Dios siempre es el «salvador»... Debe ser así, no puede ser de otro modo, porque esa es la manera de ser de Dios, y eso es lo que quiere decir el nombre de «Jesús» que llevará su hijo.

Por eso, hay que proclamar con fuerza que «su nombre es santo»... Esta santidad de Dios se vuelve salvación para la persona humana y para su mundo, tergiversando la manera de ser y de vivir, que desgraciadamente hemos convertido en habitual. Es Dios quien «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes».

Finalmente, Dios se ha acordado de su «misericordia [...] en favor de Abrahán y su descendencia por siempre», es decir, para la vida mortal y para el momento de ser asunta en el cielo, momento que hoy celebramos y que creemos que un día será realidad también en nosotros.

– Para la Iglesia

Que ella, la Virgen, guíe e ilumine a las comunidades cristianas en nuestro camino por este mundo.

Que en ella identifiquemos ese gran prodigio que apareció en el cielo abierto y que nos canta el autor del Apocalipsis: «Una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza».

«Se abrió en el cielo el santuario de Dios». Y en este santuario nos unimos cada vez que celebramos, alrededor del altar, la Eucaristía de Jesús, el Hijo de Dios, el Hijo de María.

JOAN TORRA

1 lectura: Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a.10ab

Una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies.

El pasaje se inscribe dentro del género apocalíptico, caracterizado por el uso de imágenes cósmicas, números simbólicos y figuras que condensan múltiples niveles de significado. La referencia inicial a la apertura del santuario establece un contexto revelatorio. El arca es el principal símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. La representación de la mujer vestida de sol reúne diferentes imágenes del Antiguo Testamento: las doce estrellas evocan las doce tribus de Israel; el parto doloroso recuerda las imágenes proféticas de Sion que da a luz al pueblo mesiánico; la persecución por parte del dragón refleja la experiencia histórica del pueblo fiel acosado por potencias hostiles. El hijo varón destinado a regir a las naciones alude al salmo 2, tradicional-

mente aplicado al Mesías. El autor del Apocalipsis presenta así una síntesis entre Israel, la comunidad mesiánica y la madre del Mesías. El color, las siete cabezas y los diez cuernos del dragón expresan plenitud de violencia y pretensión de dominio universal. La escena describe la confrontación entre el proyecto divino y las fuerzas que intentan frustrarlo. La proclamación final de la llegada de la salvación interpreta la visión desde la perspectiva de la victoria divina, considerada definitiva. El salmo responsorial, originalmente un canto nupcial de la corte davídica, fue aplicado a María en el cristianismo antiguo, siguiendo una práctica hermenéutica frecuente en aquella época: atribuir a su figura textos vinculados a Sion o a la esposa real.

2 lectura: 1 Corintios 15,20-27a

Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo.

Este fragmento pertenece a una sección de la carta, donde Pablo se dirige a los miembros de la comunidad que negaban la resurrección corporal. Desarrolla un argumento fundamentado en la encarnación: la resurrección de Cristo no puede separarse del destino futuro de los creyentes. Comienza con una afirmación programática que sitúa a Cristo

como «primicia de los que han muerto». El término «primicia» proviene del lenguaje cultural judío y designa la primera parte de la cosecha ofrecida a Dios como garantía del resto. Pablo utiliza esta imagen agrícola para expresar que la resurrección de Cristo inaugura un proceso que alcanzará posteriormente a toda la humanidad creyente. La comparación

entre Adán y Cristo está en función de establecer una interpretación corporativa de la historia humana. Adán representa la humanidad sometida a la mortalidad; Cristo inaugura una humanidad nueva determinada por la vida escatológica. El apóstol introduce además un esquema temporal: «cada uno en su puesto». El orden revela una concepción dinámica de la salvación. La sección culmina con

la imagen del reinado mesiánico. Pablo retoma aquí el salmo 110, utilizado frecuentemente en el cristianismo primitivo para expresar la exaltación del Resucitado. El último enemigo es la muerte, que no es concebida solo como fenómeno natural, sino como poder contrario al designio creador de Dios. Aunque la victoria de Cristo ya ha comenzado, su consumación todavía está pendiente.

Evanglio: Lucas 1,39-56

El Poderoso ha hecho obras grandes en mí, enaltece a los humildes.

Este pasaje pertenece al «evangelio de la infancia» de Lucas (Lc 1-2), donde el autor presenta los orígenes de Jesús en paralelo con los del Bautista. El episodio muestra el encuentro entre las dos madres, cuyos embarazos se interpretan a la luz del acontecimiento salvífico. El viaje de María recuerda los itinerarios bíblicos vinculados a la revelación divina. La reacción de Juan en el seno de Isabel tiene carácter profético: el niño reconoce anticipadamente a Jesús. La exclamación de Isabel contiene una confesión cristológica, pues califica a Jesús como *Señor*. Este término traduce el griego *kyrios*, utilizado en la versión griega del Antiguo Testamento para designar a Dios. La escena tiene, además, un importante paralelismo con el traslado del arca de la alianza a Jerusalén en 2Sam 6,9, donde David exclama: «¿Cómo

va a venir a mí el arca del Señor?». También la permanencia de María en casa de Zacarías durante tres meses recuerda los tres meses durante los cuales el arca permaneció en la casa de Obededom (2Sam 6,10-11). Lucas sugiere así que María es la nueva «arca de la alianza», el lugar de la presencia divina. El Magníficat es un himno tejido con numerosas alusiones al cántico de Ana (1Sam 2,1-10). Celebra la acción de Dios que invierte las estructuras humanas de poder. La espiritualidad de este cántico está arraigada en la tradición veterotestamentaria de los *anawim*, los pobres y fieles que esperan todo de Dios. La alternancia de verbos en pasado y presente le otorga un sentido profético: acciones futuras son proclamadas como ya realizadas debido a la certeza de la fe.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

Las lecturas de la misa de hoy son un canto a la esperanza. En muchos sentidos apuntan a la victoria de Dios y de su Mesías sobre el mal, a la vida para siempre gracias a Cristo resucitado, a la fe de María en que las promesas de Dios se cumplirán, al canto de alabanza agradecido por la acción redentora de Dios en favor de su pueblo para siempre.

- *(La asunción de María)*

Podríamos decir que, en su asunción, María, perteneciente a la familia humana, hija de Adán y Eva como nosotros, participa plenamente de la vida resucitada de Cristo. Por eso nos alegramos con ella, que nos ha sido entregada como Madre y modelo, y renovamos nuestra esperanza en que podremos disfrutar de su misma experiencia.

La asunción forma parte de la victoria de nuestro Dios; lo hemos visto en la primera lectura, del libro del Apocalipsis. Pero también forma parte del poder de la resurrección, que comenzó con Cristo y se extiende a toda la humanidad y a toda la creación, como san Pablo nos ha dicho en la lectura de la Primera carta a los Corintios. La asunción es el signo de que Dios nos salva y exalta a los humildes, a todos quienes creen y confían plenamente en él.

- *(Vivir el gozo de María)*

Los evangelistas presentan a la Madre de Dios con rasgos que pueden revitalizar nuestra comprensión y devoción hacia María. Su visión nos ayuda a amarla, a imitarla, a meditar sobre su vida, a dirigirnos a ella en oración, a confiar en ella con un espíritu nuevo y más evangélico.

María es la gran creyente. La primera seguidora de Jesús. La mujer que sabe meditar en su corazón los hechos y las palabras de su Hijo. La profetisa que canta a Dios, salvador de los pobres, anunciado por su Hijo Jesucristo. La madre fiel que permanece al lado del Hijo perseguido, condenado y ejecutado en la cruz. María es testimonio de Cristo resucitado, que acoge el Espíritu Santo al lado de los discípulos, y que acompañará siempre a la Iglesia de Jesús.

- *(María del Magnificat)*

El evangelista Lucas nos invita a hacer nuestro el canto de María para dejarnos guiar por su espíritu hacia Jesús, porque en el Magnificat brilla en todo su esplendor la fe de María y su identificación maternal con su Hijo Jesús.

María empieza proclamando la grandeza de Dios y se alegra de cómo es Dios: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava». María es feliz porque Dios ha puesto su mirada en su pequeñez. Así es Dios con los sencillos. María lo canta con el mismo gozo con que Jesús bendice al Padre, porque se oculta a los «sabios y entendidos» y se revela a «los pequeños» (cf. Mt 11,25). La fe de María en el Dios de los pequeños nos anima a sintonizar con Jesús.

María proclama al Dios «poderoso» porque su misericordia llega a sus fieles de generación en generación, siempre. Dios pone su poder al servicio de la compasión. Su misericordia acompaña a todas las generaciones. Es todo lo que predica Jesús: Dios es misericordioso con todos. Por eso dice a sus discípulos de todos los tiempos: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Desde su corazón de madre, María capta como nadie la ternura de Dios Padre con entrañas de madre, y nos introduce en el núcleo del mensaje de Jesús: Dios es amor compasivo.

María proclama también al Dios de los pobres porque «derriba del trono a los poderosos» y los deja sin poder para continuar oprimiendo; por el contrario, «enaltece a los humildes» para que recobren su dignidad. A los ricos les reclama todo lo que han robado a los pobres y los «despide vacíos»; sin embargo, a los hambrientos «los colma de bienes» para que disfruten de una vida más humana. Jesús anunciaba lo mismo: «Los últimos serán los primeros» (Lc 13,30). María nos lleva a acoger la Buena Nueva de Jesús: Dios es de los pobres, Dios es de los sencillos y de los humildes, como el Señor proclama en las Bienaventuranzas.

• *(El testimonio de María)*

María nos enseña a seguir a Jesús, anunciando al Dios compasivo y benigno, trabajando por un mundo más fraterno, confiando en el Padre de los pobres y de los pequeños. María nos enseña a leer la vida de Jesucristo, meditándola, haciéndola nuestra (cf. Lc 2,19). En tanto que hijos suyos, María está a nuestro lado, en nuestro sufrimiento, como estuvo al pie de la cruz, acompañando a su hijo (cf. Jn 19,25-27) y a la Iglesia naciente (cf. Hch 1,12-14).

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

Hoy celebramos la fiesta más importante de la Virgen María. Celebramos su Pascua. Por eso será necesario que, aunque nos encontremos en mitad del verano, con los cambios que ello implica respecto a la vida normal del resto del año, hagamos todo lo posible para darle el relieve que merece: flores, luces, cantos, buena preparación de las lecturas, etc.

Ritos iniciales

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

(– Celebramos hoy, llenos de gozo, la solemnidad de la Asunción de la Virgen María. Ella comparte ya para siempre la vida eterna de Dios, junto con su Hijo Jesucristo.

– En María encontramos la imagen y el camino por el cual la Iglesia vive con esperanza. Así pues, contemplemos agradecidos su testimonio de fe y fidelidad).

A. penitencial: Hagamos ahora unos momentos de silencio y de oración, preparándonos para celebrar la Eucaristía. (*Silencio*).

- Tú, el hijo de María, nuestro hermano. SEÑOR, TEN PIEDAD.
- Tú, el Hijo eterno del Padre. CRISTO, TEN PIEDAD.
- Tú, resurrección y vida para todos los que te siguen. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia...

Gloria cantado

Colecta: Oremos (pausa). Dios todopoderoso y eterno, que has elevado en cuerpo y alma a la gloria del cielo a la inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo, concédenos que, aspirando siempre a las realidades divinas, lleguemos a participar con ella de su misma gloria. Por nuestro Señor Jesucristo...

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a.10ab):* La primera lectura de hoy, con un lenguaje simbólico y lleno de imágenes, nos exhorta a contemplar a una mujer vestida del sol y la luna bajo sus pies. Escuchémoslo con atención.



2. *lectura (1 Corintios 15,20-27a):* San Pablo nos habla de la resurrección. En Adán mueren todos. Pero Cristo ha sido el primero en resucitar, y nos ha abierto las puertas de la vida. Hoy, estas palabras las podemos contemplar referidas a María asunta al cielo.

Credo

Oración universal: **Oremos a Dios, que colma de bienes a los pobres, diciendo juntos:** ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Por la Iglesia, que tiene en María un modelo de vida sencilla, siguiendo la voluntad de Dios. OREMOS.
2. Por todos los pueblos y ciudades que tienen a Santa María por patrona y hoy celebran su fiesta mayor. OREMOS.
3. Por las personas que sufren a causa de la enfermedad, de la pobreza, de las desavenencias o porque no encuentran sentido a la vida. OREMOS.
4. Por quienes trabajan en empleos de temporada, por quienes viven del turismo, por quienes tienen trabajo precario y por quienes no encuentran empleo. OREMOS.
5. Por la gente del pueblo de María y de toda la Tierra Santa, especialmente por quienes malviven en Gaza. Y por todos los países que sufren por las guerras. OREMOS.
6. Por nosotros, que celebramos la pascua de la Virgen María. OREMOS.

Escucha, Padre, nuestra oración, y derrama tu amor sobre el mundo entero. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas

(PÁG. 746 MISAL)

Prefacio propio

(PÁG. 746 MISAL)

Padrenuestro: Como hijos e hijas de Dios, guiados por el Espíritu de Jesús, dirijámonos al Dios del cielo diciendo:

Poscomunión: Oremos (pausa). Después de recibir los sacramentos que nos salvan, te rogamos, Señor, por intercesión de santa María Virgen, elevada al cielo, llegar a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Bendición solemne: – Dios, que en su providencia amorosa quiso salvar al género humano por el fruto bendito del seno de la Virgen María, os colme de sus bendiciones.

- **Que os acompañe siempre la protección de la Virgen, por quien habéis recibido al Autor de la vida.**
- **Y a todos vosotros, reunidos hoy para celebrar con devoción esta fiesta de María, el Señor os conceda la alegría del Espíritu y los bienes de su reino.**
- **Y la bendición de Dios todopoderoso...**

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Honor y gloria, MD 395-1 (995-1) / CLN 330.

Responsorial: *De pie a tu derecha está la reina, LS; Los confines de la tierra, MD 122 (722).

Aleluya: MD C14.

Comunión: El Señor hizo en mí maravillas, MD 381 (981); Canto de María, MD 394 (994); Salve Madre, MD 389-2 (989-2) / CLN 309.

Final: Salve, reina de los cielos, MD 389-1 (989-1) / CLN 329.

Con licencia eclesialística

Centre de Pastoral Litúrgica. www.cpl.es

Misa Dominical 2026 / 11 – 19

– Otra mujer...

Ayer celebrábamos la fe de una mujer judía, la Madre de Dios, María, a quien Dios había asumido al cielo en cuerpo y alma. Y hoy, justo al día siguiente, el evangelio, que leemos de manera semicontinua, nos invita a contemplar la fe de otra mujer que mereció que Jesús le dijera: «Mujer, qué grande es tu fe».

– Un relato lleno de detalles

Jesús, con sus discípulos, está fuera de la tierra de Israel; se encuentra en una tierra extranjera, en la región de Tiro y de Sidón. El detalle es muy significativo y da mucho calado a la escena del evangelio de hoy. Es allí donde se le presenta una mujer cananea que está en su casa; una mujer que, sin embargo, para el pueblo de Israel, es una extranjera.

Es ella quien reconoce que Jesús es el «Señor, hijo de David» y hace una petición no para ella, sino para su hija. ¿Qué debe hacer Jesús? Los extranjeros no tenían derecho a la salvación, a menos que se asimilaran del todo al pueblo, y todavía entonces la salvación les era concedida puramente por favor, tal y como dice el profeta Isaías en la primera lectura: «Los traeré a mi monte santo...», es decir, a la salvación que estaba reservada solo para el pueblo.

La solución para los discípulos, como ya habían dicho poco antes de la multiplicación de los panes, es que Jesús haga caso omiso, que se desentienda de ella porque molesta. Tienen la pretensión de quedarse a Dios en exclusiva, solo para ellos. ¡Qué equivocados están!

– Si la salvación no es universal, no es salvación

Jesús empieza su enseñanza diciendo: «Solo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel». Qué dureza por parte de Jesús cuando dice en voz alta lo que su pueblo, y seguramente sus mismos discípulos, consideraban como normal: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos».

Pero con esto, suscita de aquella mujer, que sabía muy bien que no tenía derecho a ello, una reflexión y una oración que expresan la universalidad de la salvación. Porque tiene que ser así. La salvación o es una oferta universal o no es salvación. ¡Qué Dios más «pequeño» este que solo puede salvar a unos cuantos! Pero, además, en la salvación nadie tiene derecho, sino que forma parte de la voluntad gratuita de Dios. Por ello, la mujer, muy consciente, continúa dirigiendo la oración confiada a Jesús, a través del cual Dios pasa por su vida. No hay amos y perritos; ¡solo hay hijos!

– Mujer, qué grande es tu fe

Esta alabanza de Jesús es de las mayores de todo el evangelio. Su fe le ha hecho entender que todos somos hijos del mismo Padre Dios, que lo que quiere es salvar a todos universal y gratuitamente. Nos vendría muy bien repetírnoslo, teniendo en cuenta nuestras circunstancias de hoy día.

Si Dios se hace presente en Jesús más allá de las fronteras de Israel, debe ser porque la voluntad de Dios es la de hacer llegar la salvación a todos sin excepción, sin exclusiones. Este es el razonamiento –muy acertado– de la mujer, y lo dice en voz alta, ante las palabras de Jesús para hacer ver el error a los discípulos. «Que se cumpla lo que desees», le dice Jesús, porque tu voluntad no es tuya, es la voluntad de Dios. Y así consigue la salvación para su hija. ¡La mujer tenía razón! ¡Dios es para todos sin distinciones!

La mujer ha reconocido a Jesús como el Señor en tres ocasiones. Primero, diciéndole: «Ten compasión de mí, Hijo de David»; después: «Señor, ayúdame»; para acabar afirmando lo que dice Jesús: «Tienes razón, Señor». ¡Una triple profesión de fe! Una plegaria absolutamente sincera que merece que Jesús le diga: «Que se cumpla lo que desees», porque tú sí has entendido cuál era la voluntad de Dios. Tu propia oración te lo ha hecho entender.

Qué catequesis más maravillosa ha hecho Jesús a sus discípulos. Una catequesis, por cierto, muy actual, siempre actual. San Pablo, hablando de su pueblo que no ha aceptado a Jesús, se lamenta desde el fondo del corazón diciendo: «Pues si su rechazo es reconciliación del mundo, ¿qué no será su reintegración sino volver desde la muerte a la vida?». Un paso de la muerte a la vida, un paso pascual, ese paso que siempre debemos estar dispuestos a dar para poder tener la vida de Dios en nuestra vida, su manera de pensar en vez de la nuestra. Esa es su voluntad y a ella queremos ser obedientes.

– Eucaristía para todos

El alimento, el pan, la salvación y la vida deben ser para todos. Dios es católico y su actuación, profundamente universal. Y nos pide que seamos como Él. Por eso nos reúne en Eucaristía alrededor de la mesa con el pan de vida para todos. ¡No podemos estar tranquilos hasta que no sea así!

JOAN TORRA

1 lectura: Isaías 56,1.6-7

A los extranjeros los traeré a mi monte santo.

El pasaje pertenece al «Tercer Isaías» (Is 56–66), redactado en el contexto posterior al exilio babilónico, cuando la comunidad de Jerusalén intenta reorganizar su identidad religiosa y política. Se sitúa inmediatamente después del recuerdo de las restricciones culturales de Deuteronomio 23,2-9, donde ciertos grupos quedaban excluidos de la asamblea. Frente a esa tradición restrictiva, Isaías 56 formula un principio de apertura que no está basado en la pertenencia étnica, sino en la fidelidad cultural y ética. El binomio «derecho/justicia» es característico de la literatura profética. Describe, además de la rectitud moral individual, la conformidad social con el orden querido por Dios. El núcleo del texto es la afirmación de la presencia de extranjeros que «se

han unido al Señor». Son integrados litúrgicamente mediante la adhesión a la alianza, el culto y la observancia del sábado. El templo de Jerusalén deja de concebirse exclusivamente como santuario nacional y adquiere una dimensión universal. No se elimina la centralidad de Israel, pero sí se redefine su función: Jerusalén pasa a ser punto de convergencia de las naciones. El salmo responsorial comienza retomando la fórmula sacerdotal de bendición (Nm 6,24-26), que aquí es considerada como un medio de manifestación histórica de Dios más allá de Israel. El gobierno divino se asocia a la justicia y la guía de los pueblos. Esto explica que las naciones puedan alegrarse: la dominación divina no es opresiva, sino creadora de un nuevo orden social.

2 lectura: Romanos 11,13-15.29-32

Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel.

Este fragmento pertenece a la sección de la carta donde Pablo afronta el problema del rechazo del Evangelio por Israel (Rom 9–11). Se dirige explícitamente a los gentiles. Su «ministerio» entre ellos no implica sustitución de Israel, sino que ha generado una dinámica paradójica destinada a provocar «celos» en su propio pueblo. El término no posee

aquí sentido psicológico negativo, sino que describe la reacción de Israel ante la incorporación de los paganos a las promesas mesiánicas. La afirmación «si su rechazo es reconciliación del mundo» expresa la idea de que dicho rechazo ha abierto históricamente la misión universal, pero esa apertura no constituye la etapa definitiva. Pablo espera una fu-

tura reintegración de su pueblo, descrita mediante la fórmula: «¿Qué no será su reintegración sino un volver de la muerte a la vida?». Alude a una renovación colectiva de carácter escatológico, vinculada al cumplimiento final del plan divino. La sentencia: «Los dones y la llamada de Dios son irrevocables», remite a la elección de Israel. Los «dones» son los privilegios enumerados en Romanos

9,4-5. Pablo niega así cualquier posibilidad de cancelación de la alianza. Los versículos finales resumen la argumentación: gentiles e Israel han pasado por la desobediencia para convertirse ambos en destinatarios de misericordia. Lo central no es la pertenencia étnica ni la observancia legal, sino la misericordia divina universal.

Evangelió: Mateo 15,21-28

Mujer, qué grande es tu fe.

Este episodio se sitúa en una sección del Evangelio de Mateo dedicada al conflicto sobre pureza e identidad. Tras una discusión con los fariseos acerca de lo puro e impuro, Jesús entra en territorio de Tiro y Sidón, región asociada tradicionalmente al paganismo. El desplazamiento geográfico posee valor simbólico, en referencia a los límites de la misión de Jesús. La mujer es llamada «cananea», designación arcaizante que Mateo utiliza deliberadamente. Mientras Marcos habla de una «sirofenicia», Mateo recupera el nombre de los antiguos enemigos de Israel, intensificando así la alteridad étnica y religiosa de la protagonista. Su súplica combina lenguaje mesiánico judío —«Hijo de David»— con una necesidad concreta: la curación de su hija. La primera

reacción de Jesús es abrupta: silencio, rechazo y afirmación de que ha sido enviado a Israel. La frase refleja la orientación histórica inicial de su misión. La comparación con «los perros» utiliza una imagen doméstica frecuente en polémicas judías antiguas respecto a los paganos. Sin embargo, el diminutivo empleado suaviza el tono. La mujer acepta el marco metafórico y responde con agudeza. Su respuesta no cuestiona la prioridad de Israel, sino que reclama participación subordinada en los beneficios mesiánicos. El desenlace invierte la situación inicial. Jesús reconoce la «gran fe» de la mujer. La curación a distancia confirma la eficacia de esa fe y anticipa la futura incorporación de los gentiles.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

Cualquiera tiene derecho a Jesucristo. Jesucristo es para todos. Jesucristo es la carta de amor que el Padre envía a toda la humanidad, y todos estamos invitados a disfrutar de la presencia de Dios hecho hombre, Enmanuel, el Dios-con-nosotros, hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,29), porque quiere que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4).

- *(Nadie tiene la exclusiva de Dios)*

El profeta Isaías remarca muy bien la llamada universal a ejercer nuestra condición de hijos e hijas de Dios y a ser receptores agradecidos del regalo de su bondad. Todo comportamiento justo, independientemente de quién lo haga, es objeto de la aprobación de Dios: cumplir sus mandamientos como propuesta universal de conducta y obrar el bien. Quien vive así está siendo agraciado por la bondad de Dios.

Esta llamada no está reservada exclusivamente a los fieles oficiales y titulados del Señor, sino que es una llamada a toda persona, a los extranjeros que se han adherido al Señor (cf. Is 55,6), a quienes lo aman, a quienes le quieren servir, a quienes cumplen los términos de la alianza. Todos los pueblos, todos, podrán encontrarse con Dios en su tiempo, que será para todos una casa de oración. Nadie tendrá la exclusiva.

- *(Dios es para todos)*

Dios se ofrece a todo el mundo, pero esta convicción no siempre ha sido recogida cordialmente por los miembros más reticentes de los distintos credos. La salvación no es exclusiva de nadie. San Pablo está convencido de que, si por Cristo ha venido la reconciliación al mundo, ha sido porque su pueblo, el pueblo judío, no acogió al Mesías que es Cristo y que se excluyó de la salvación no siendo obediente a los designios de Dios. Pero Dios no se echa atrás de su amor y continúa llamando a su pueblo, afirma san Pablo.

Y por lo que respecta a la Iglesia incipiente, solo paulatinamente se fue abriendo paso el sentimiento de que Dios era un don para todos los pueblos. San Pedro nos relata su encuentro con el centurión Cornelio y nos dice: «Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea» (Hch 10,34-35). Y más adelante, Pedro informa a la Iglesia de Jerusalén de la conversión de Cornelio y los suyos, y acaba diciendo: «Pues, si Dios les ha

dado a ellos el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?» (Hch 11,17). Y, al escuchar esto, los reticentes acogen el hecho y se alegran, alaban a Dios porque ha sido una decisión del mismo Dios: «Oyendo esto, se calmaron y alabaron a Dios diciendo: “Así pues, también a los gentiles les ha otorgado Dios la conversión que lleva a la vida”» (Hch 11,18).

● *(Jesús también es para todos)*

El evangelio describe el encuentro entre Jesús y una mujer pagana. La mujer se le acerca pidiéndole ayuda para su hija enferma, con una oración como tantas otras de las nuestras: «Ten compasión de mí, Señor Hijo de David». Una madre insistiendo, una madre coraje, que no se amilana por mucho que Jesús afirme que su misión debe cumplirla atendiendo solo al pueblo de Israel. Y ella insiste y replica el argumento de Jesús, que la trata con dureza. Debe ser que el amor agudiza el ingenio para conseguir la curación de su hija, y negocia con Jesús, del mismo modo que Abrahán hizo con Dios para el perdón de Sodoma (cf. Gn 18,20ss).

La madre confía en la voluntad de Dios y toca el corazón de Jesús, que le dice: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas» (Mt 15,28). La madre sabe que Jesús no quiere la muerte de su hija, y le manifiesta su esperanza. ¡Menuda lección para nosotros! Nadie tiene la exclusiva de Dios, Dios es para todos. Para los creyentes de todas las creencias y para los no creyentes. Pero tampoco solo para los buenos, sino especialmente para los malos, para quienes más lo necesitan. Para quienes confían en su bondad, para quienes rezan con una fe humilde.

● *(Dios nos invita a su fiesta)*

El banquete de boda, la fiesta de Dios, está preparado para todos, y *todos* significa *todos*. También es verdad que podemos hacer oídos sordos y rechazar la invitación. Pero la Iglesia, a pesar de sus pecados, en tanto que madre, es abierta para que todos y todas nos sintamos como en casa y seamos felices amando como Dios ama. En comunidad, ayudándonos mutuamente a seguir las huellas de Jesucristo, a sentirnos salvados por el amor de Dios.

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

Ritos iniciales

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

(– Reunidos para celebrar el día del Señor resucitado, el domingo, nos disponemos a escuchar la invitación del Señor a acoger a los extranjeros como Él los acoge.

– Y también, a participar del sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Jesús, alimento y fuerza para ser testigos de su amor).

A. penitencial: **Preparémonos ahora para celebrar esta Eucaristía dominical reconociendo nuestros pecados, pidiendo perdón a Dios misericordioso. (Silencio).**

– Tú, que has venido a buscar al que estaba perdido: SEÑOR, TEN PIEDAD.

– Tú, que has querido dar la vida en rescate por todos: CRISTO, TEN PIEDAD.

– Tú, que reúnes a tus hijos dispersos: SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Gloria

Colecta: Oremos (pausa). Oh Dios, que has preparado bienes invisibles para los que te aman, infunde la ternura de tu amor en nuestros corazones, para que, amándote en todo y sobre todas las cosas, consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (Isaías 56,1.6-7).* El profeta Isaías anuncia que el Señor traerá a su monte santo a todos los pueblos que mantengan su alianza de amor.



2. *lectura (Romanos 11,13-15.29-32).* En este fragmento de la carta a los Romanos que ahora vamos a escuchar, Pablo anuncia que la Buena Noticia del Evangelio está abierta no solo a los judíos, sino a toda la humanidad.

Credo

Oración universal: **Oremos al Padre del cielo, por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo entero:** ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Por toda la Iglesia. Para que refleje claramente la bondad y el amor de Dios, que quiere salvar a toda la humanidad. OREMOS.

2. Por todas las personas que sufren persecución por el hecho de ser cristianas. Y por todos los que, sea cual sea su religión, sufren violencia debido a su origen o a su identidad. Para que el Espíritu Santo los sostenga en esta prueba. OREMOS.

3. Por los musulmanes que viven entre nosotros y por todos los musulmanes del mundo. Para que Dios los bendiga con el don de la paz y puedan seguir el camino del bien. OREMOS.

4. Por los gobernantes de nuestro país y por los de cualquier otro lugar del mundo. Para que unos y otros avancemos en LA CONVIVENCIA, LA JUSTICIA Y LA PAZ. OREMOS.

5. Por las personas que están enfermas y por aquellas personas y familias que no tienen un lugar donde vivir y carecen de otros bienes de primera necesidad. Por las que se ven obligadas a emigrar. Para que encuentren quien las acompañe en la búsqueda de una vida digna. OREMOS.

6. Por nosotros. Para que seamos personas abiertas y acogedoras. OREMOS.

Escucha, Padre, la oración que te presentamos, y no dejes nunca de llenarnos de tu gracia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas (PÁG. 401 MISAL)

Prefacio dominical VIII (PÁG. 481 MISAL)

Padrenuestro: Con alegría y paz, como Jesús nos ha enseñado, nos atrevemos a decir:

Poscomunión: Oremos (pausa). Después de haber participado de Cristo por estos sacramentos, imploramos humildemente tu misericordia, Señor, para que, configurados en la tierra a su imagen, merezcamos participar de su gloria en el cielo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rito de conclusión

Despedida: Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado. Podéis ir en paz.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Ciudadanos del cielo, MD 11 (611-1) / CLN 709; Juntos como hermanos, MD 35-1 (635-1) / CLN 403; Vienen con alegría, MD 65 (665) / CLN 728.

Responsorial: *Oh Dios, que te alaben los pueblos, LS; Gustad y ved, MD 155 (755) / CLN D 27.

Alabanza: MD C5 / CLN E5.

Comunión: Tú eres, Señor, el Pan de vida, MD 163 (763) / CLN O 41; Acerquémonos todos al altar, MD 170 (770) / CLN O 24; Este es el pan de los hijos, MD 190 (790).

Final: Humilde nazarena, MD 384 (984-1) / CLN 306.

Con licencia eclesial

Centre de Pastoral Litúrgica. www.cpl.es Misa Dominical 2026 / 11 – 33

– ¿Quién decís que soy yo?

¿Quién es Jesús? La pregunta está en medio del evangelio; en medio de nuestra vida como creyentes. Responder a la pregunta «quién es alguien» no es nada fácil porque todas las personas humanas somos seres en construcción, es decir, intentamos, a veces con tristezas y esfuerzos, ser lo que queremos ser. Y sabemos que nunca acabamos de conseguirlo. Nos es difícil, pensando en nosotros, y lo es pensando en los demás. Sabemos que nunca podemos decir que «alguien es...», porque nos podemos equivocar. Y lo mismo nos pasa con nosotros mismos: ¡siempre podemos cambiar! Siendo así, ¿cómo es que Jesús insiste en la pregunta?

– Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo

Solo de Dios se puede decir «que es y que no puede dejar de ser». Pedro, en nombre de todos los discípulos –y en nombre nuestro–, ya es capaz de hacer este acto de fe y decir que Jesús es Dios y que no puede dejar de serlo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Sobre esta fe de Pedro, Dios puede edificar su Iglesia.

La profesión de fe, fruto del encuentro personal con Jesús, cambia la vida de los discípulos. Ya tenemos la roca firme –la que no cambia– donde fundamentar nuestra vida. Y eso no nos lo «ha revelado ni la carne ni la sangre», sino Dios mismo que se nos ha hecho encontronazo en el camino de la vida. Así la fe en Jesús, que orienta nuestra vida, no puede cambiar: ¡Él es el Hijo de Dios!

– Tú eres Pedro

Entonces, gracias a la afirmación de fe, Pedro «es», porque junto con la fe ha entrado en su corazón el Dios inamovible. En Pedro y en cualquier persona creyente. Y es sobre esta roca firme de la fe que Jesús, el Hijo de Dios, puede edificar su Iglesia. Porque la Iglesia es la asamblea de todos los llamados por Dios a reconocer que solo Él es la roca firme de la cual nos podemos fiar, porque es para siempre. Y con todo, este pueblo que es la Iglesia está hecho de personas de carne y sangre, volubles, que tendremos la tentación de ser nosotros mismos –o el mismo Pedro– quien crea que debe edificar la Iglesia. Entonces, el resultado puede ser fatal; la historia nos da muchas muestras. Qué bien, en cambio, cuando dejamos que sea Jesús quien obre en nosotros, porque entonces Él puede hacernos ser mejores.

– Las llaves del Reino

Las llaves sirven, si acaso, para abrir lo que está cerrado, o para cerrar lo que está abierto. No tienen otra utilidad. Se trata de cerrar o de abrir para guardar o sacar cosas de lugares seguros. Por eso hay cerraduras. Y lo mismo pasa con las personas. Se trata de poner puertas para cerrar espacios donde haya cobijo o para abrir los lugares que ahogan y no dejan respirar. Las llaves dan el poder de abrir y cerrar. De hecho, en la vida, la puerta más cerrada es la que conduce al camino de la felicidad, de la vida auténtica para cada uno y para los demás. O, aún más, es la puerta que me llevaría a saber quién soy, cómo es mi corazón. ¿Quién abrirá mi corazón tan cerrado?

La respuesta de fe de Pedro, de la Iglesia, es la llave que abre la puerta del corazón de Jesús. ¡Ahora ya sabe quién es Jesús! Ya sabe que en Jesús tiene la salvación esperada que viene de Dios. Por eso empieza a estar en condiciones de contestar la otra pregunta seria: Y tú, persona humana, ¿quién eres?, ¿qué debes ser y hacer en la vida?, ¿dónde encontrarás la felicidad?

El evangelio de Jesús, lo que hasta ahora les ha explicado sobre el Reino de Dios, es la llave que abre la puerta cerrada del sentido de la existencia. ¡Esa es la fe! Porque si la fe no está al servicio de la vida humana, no sería útil para nada. «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». ¡Es cierto! ¡La clave de la fe te la da Dios y te abre las puertas de una vida feliz! ¡Úsala en favor de todos!

– La fe de los más pequeños

Con motivo de la celebración de los 1700 años del Concilio ecuménico de Nicea (325-2025), la Comisión Teológica Internacional redactó el documento *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador*, donde mostraba cómo la fe formulada en Nicea no era ni más ni menos que la de Pedro, y que la Iglesia debía formularla siempre para proteger la fe de los más pequeños y vulnerables. Dice: «Proclamar a Jesús como nuestra Salvación desde la fe expresada en Nicea significa prestar especial atención a los más pequeños y vulnerables de nuestros hermanos y hermanas. La nueva luz proyectada sobre la fraternidad entre todos los miembros de la familia humana por Cristo, *homóusios* Hijo del Padre y partícipe de la naturaleza humana común, ilumina en particular a quienes tienen más necesidad de la esperanza de la gracia» (núm. 123).

Es la fe que proclamamos en cada celebración de la Eucaristía.

JOAN TORRA

1 lectura: Isaías 22,19-23

1 Pongo sobre tus hombros la llave del palacio de David.

El contenido de este pasaje se relaciona con la administración del reino de Judá durante el siglo VIII aC. Describe la destitución de Sebná, mayordomo del palacio, y el ascenso de Eliaquín. No es simplemente un cambio burocrático. Isaías interpreta la reorganización política como una acción directa del Señor sobre las estructuras del poder davídico. Sebná ejerce una autoridad inmediatamente inferior a la del rey y es responsable de la gestión del reino. El hecho de quitarle la túnica y el cinturón tiene valor simbólico. Se le retiran los signos externos del poder, sabiendo que su legitimidad no depende de su habilidad política, sino de la voluntad divina. Eliaquín aparece descrito con atributos paternos. En el Antiguo Oriente, la paternidad aplicada al gobernante indicaba protección, justi-

cia y responsabilidad administrativa. El profeta contrapone así la soberbia de Sebná –que en pasajes anteriores se ha descrito buscando su prestigio personal– con la figura de un gobernante estable y fiable. El símbolo de la llave representa autoridad delegada. La fórmula «abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie abrirá» expresa irrevocabilidad jurídica. La metáfora final del «clavo fijado en lugar firme» comunica estabilidad institucional. El pasaje refleja una teología política característica de Isaías: la historia de Judá no depende exclusivamente de alianzas o estrategias. El Señor interviene activamente en el ascenso y caída de quienes ejercen autoridad. Su legitimidad está subordinada a criterios de fidelidad y servicio.

2 lectura: Romanos 11,33-36

2 De él, por él y para él existe todo.

Tras una larga exposición sobre la incredulidad del pueblo judío y la incorporación de los gentiles (Rom 9–11), se recoge en la carta este himno doxológico, donde el apóstol abandona el razonamiento discursivo y pasa a la alabanza. El inicio del texto está marcado por una triple exclamación: «riqueza, sabiduría y conocimiento de Dios». Se subraya la imposibilidad de

reducir el designio divino a categorías humanas. Pablo utiliza después una serie de preguntas retóricas tomadas principalmente de Isaías 40 y Job 41, que recuerdan la distancia cualitativa entre Dios y el ser humano. En el contexto de Romanos, la intención es clara: nadie puede juzgar el modo en que Dios conduce la historia de Israel y de las naciones. La expresión «sus

caminos son inescrutables» indica que el actuar de Dios no carece de sentido, sino que supera la capacidad humana de abarcarlo exhaustivamente. Insiste, finalmente, en la gratuidad absoluta de la acción divina: nadie puede dar primero a Dios para exigir retribución. La salvación no nace de una deuda con la humanidad. La última frase describe el origen, el medio y la finalidad de la realidad entera.

Todo procede de Dios, subsiste mediante su acción y retorna a él como meta última. El horizonte es cósmico, no meramente antropológico. Con este himno, Pablo evita presentar una conclusión sistemática y cerrada sobre el tema abordado en los capítulos 9-11. Desemboca en la adoración, apuntando así a que el misterio de Dios nunca queda agotado en razonamientos teológicos.

Evanglio: Mateo 16,13-20

Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos.

Esta escena marca un punto de inflexión en el evangelio de Mateo. Combina cristología, ecclesiología y autoridad apostólica. Las respuestas iniciales a la pregunta de Jesús muestran que es percibido como una figura profética escatológica. Pedro, sin embargo, va más allá y lo reconoce como el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús responde declarándolo bienaventurado. Su confesión es correcta, pero no procede de «carne y sangre», es decir, de su capacidad, sino de la revelación del Padre. El cambio de nombre a «Pedro» posee valor simbólico. La frase «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» refiere a nivel literario un claro juego entre «Pedro» y «piedra». La palabra «Iglesia» (*ekklesia*) aparece aquí por primera vez en Mateo. El término, heredado del vocabulario griego de la asamblea, adquiere sentido comunitario y escatológico. La comu-

nidad de Jesús es presentada como construcción futura fundada sobre una autoridad reconocida. Las «llaves del Reino» evocan directamente Isaías 22. Pedro recibe autoridad vicaria para administrar y discernir. Las expresiones «atar» y «desatar» pertenecían al lenguaje jurídico rabínico y podían significar prohibir o permitir, excluir o readmitir, interpretar con autoridad. La promesa de que «las puertas del Hades no prevalecerán» utiliza una imagen semítica donde las puertas simbolizan el poder de una ciudad o reino. El «Hades» representa el ámbito de la muerte. La frase expresa que la comunidad fundada por Jesús no será anulada por fuerzas destructivas. Pero, aunque Pedro ha reconocido correctamente a Jesús, la comprensión plena del mesianismo solo será posible a la luz de la pasión y la resurrección.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

Existen abundantes opiniones sobre Jesús, y sobre él se ha escrito y reflexionado mucho. Por este motivo, ha habido discusiones y más discusiones, tanto filosóficas como teológicas, y herejías y cismas. Pero lo que realmente importa es nuestra respuesta, mi respuesta. Jesús hoy nos habla a nosotros: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

- *(Una pregunta decisiva)*

Estamos ante una pregunta decisiva para nuestra vida, y no podemos responderla solo con el Catecismo en la mano, sino partiendo de la propia experiencia, partiendo de Jesús y Cristo, sentido y vivido a lo largo de nuestra vida. ¿Qué diría yo hoy si el mismo Jesús me preguntara: Y tú, ¿qué dices? Tendría que partir de que la fe en Jesucristo no es una doctrina, sino una fe. Que no es un conjunto de normas morales que nos salvan, suponiendo que la salvación significa lo mismo para todos. Que la fe no solo es el seguimiento de un líder al que admiramos porque su propuesta ética, social o política coincide con lo que nosotros pensamos.

Unos dicen, otros dicen. Y yo, ¿qué digo de Jesús? Debería responder desde mi unión, desde mi comunión con él, desde mi vinculación con su persona, con su vida, con lo que ha dicho y hecho, y también con su pasión y muerte, y por supuesto, con su resurrección.

- *(¿Qué supone creer en Jesús?)*

Creer en Jesús es estar unido a Él, significa amarlo y seguir sus pasos, poner nuestros pies en cada una de sus huellas. Significa acoger y amar sus mandamientos («pero yo os digo», «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando»), y vivir el espíritu de las bienaventuranzas, amando lo que él ama, a los que él ama: los abandonados, los despreciados, los pecadores, los atribulados, los que viven todo tipo de pobreza. Creer en Jesús también es identificarnos con él cuando se presenta como buen samaritano, cuando nos propone a Dios como un Padre que perdona al hijo alejado, cuando alaba al Zaqueo arrepentido.

Creer en Jesús no solo es saber cuatro cosas sobre él, tener cultura y tradiciones cristianas o poseer un conocimiento intelectual sobre su figura. Es la amistad con él; es hablar con él como un amigo habla con otro amigo; es creer, como Abrahán, quien por su fe fue nombrado amigo de Dios (cf. Sant

2,23). Es hablar con él con afecto y confianza, es caminar con él, unidos en una oración que santa Teresa define como «tratar de amistad, tratar muchas veces a solas con quien sabemos que nos ama».

● *(La fe: un regalo que hay que agradecer y acoger)*

En la segunda lectura hemos escuchado: «Porque de él, por él y para él existe todo» (Rom 11,36). Y en el evangelio hemos leído: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16,17). ¿Hemos hecho algo especial, nosotros, los creyentes, para tener fe? ¿Por qué yo sí y muchos de mi familia no? O mis amigos y conocidos, todos muy buena gente y con valores evangélicos, *cristianos en potencia*, y a quienes aprecio y me aprecian. Como Pedro, hemos reconocido que Jesús de Nazaret es el Mesías, el Hijo del Dios vivo. Pero ¿qué Mesías? ¿El Mesías que Pedro espera o el Mesías que Jesús quiere ser?

Siempre tendremos la tentación de creer en un Mesías e Hijo de Dios hecho a nuestra medida, a nuestra «imagen y semejanza», usurpando el lugar del creador (cf. Gn 1,26). Y eso mismo es lo que quizás le pasará a Pedro y a los discípulos: «Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel» (Lc 24,21). Pero Jesús es un Mesías diferente, un Mesías que ni Pedro ni los discípulos admiten cuando Jesús anuncia su pasión, muerte y resurrección. Y Pedro, todo pasión y corazón, en los versículos que siguen al texto de hoy, osará disuadir a Jesús de sus propósitos. Pedro, quien recibe el encargo de guiar, gobernar y hacer crecer la Iglesia —«sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»—, será tratado de Satanás por Jesús.

El Satanás que llevamos dentro nos juega malas pasadas cuando queremos que el Evangelio diga lo que no dice, y cuando lo queremos poner a nuestro servicio y no al servicio del Pueblo de Dios que quiere seguir a Jesucristo, el de las Bienaventuranzas, el Buen Samaritano, el que se siente representado por hambrientos, sedientos, enfermos, presos o extranjeros. Los pobres.

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

Ritos iniciales

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

(– Nos reunimos hoy en una misma fe como cristianos para celebrar la Eucaristía, el memorial de Jesús, muerto y resucitado.

– Es la fe que nos hace reconocer a Jesús como Señor y Mesías, que ha venido a traernos la Buena Noticia de la salvación).

A. penitencial: Iniciemos la Eucaristía de este domingo poniéndonos en presencia de Dios, y pidamos perdón por nuestros pecados en unos momentos de silencio. (*Silencio*).

– Tú, que ofreciste el perdón a Pedro arrepentido: SEÑOR, TEN PIEDAD.

– Tú, que prometiste el paraíso al buen ladrón: CRISTO, TEN PIEDAD.

– Tú, que perdonas a todo aquel que confía en tu misericordia: SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Oh Dios, que unes los corazones de tus fieles en un mismo deseo, concede a tu pueblo amar lo que prescribes y esperar lo que prometes, para que, en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros ánimos se afirmen allí donde están los gozos verdaderos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (Isaías 22,19-23)*. La profecía de Isaías que escucharemos a continuación resonará luego en el evangelio, cuando Jesús confiará a Pedro las llaves del reino de los cielos.



2. *lectura (Romanos 11,33-36)*. En este breve fragmento que ahora vamos a escuchar, san Pablo nos dice que todo viene y pasa por el Señor, todo lo que somos, todas las cosas. Un Dios que es inalcanzable.

Credo

Oración universal: Con fe y confianza, presentemos al Padre nuestra oración diciendo juntos: ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Para que el papa León, sucesor de Pedro, sea un testigo creíble de Jesús, el Mesías, el Hijo del Dios vivo. OREMOS.
2. Para que por todo el mundo se extienda la conciencia de que tenemos que cuidar la Creación, dejando de explotar el planeta, cambiando estilos de vida y construyendo justicia y paz. OREMOS.
3. Para que todas las personas que sufren persecución y violencia por su credo religioso o político, o por razón de su condición sexual, de su origen o de cualquier otra causa, encuentren pronto auxilio. Y el Espíritu de Dios haga que la sociedad sea capaz de organizarse para terminar con estas injusticias. OREMOS.
4. Para que el mundo del deporte sea un espacio de crecimiento personal para quien lo practique, y un espacio privilegiado para aprender a convivir en libertad. OREMOS.
5. Para que las personas carentes de salud o de lo más necesario para vivir encuentren quien las acompañe y ayude. OREMOS.

6. Para que nosotros, vivamos esta semana como un don de Dios. OREMOS.

Escucha, Padre del cielo, la oración que te dirige tu Iglesia y llénanos de tu Espíritu Santo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas (PÁG. 402 MISAL)

Prefacio dominical X (PÁG. 483 MISAL)

Padrenuestro: Como Iglesia, como seguidores de Jesucristo, nos atrevemos a decir:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). Te pedimos, Señor, que realices plenamente en nosotros el auxilio de tu misericordia, y haz que seamos tales y actuemos de tal modo que en todo podamos agradarte. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Despedida: Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado. Podéis ir en paz.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Acuérdate, Señor de tu Iglesia, MD 8-2 (608-2) / CLNA 18; Reunidos en el nombre del Señor, MD 73 (673-1) / CLN A 9.

Responsorial: *Señor, tu misericordia es eterna, LS; Gustad y ved, MD 155 (755) / CLN D 27.

Aleluya: MD C5 / CLN E5.

Comunión: Beberemos la copa de Cristo, MD 162 (762) / CLN O 10; Que la lengua humana, MD 164 (764-1); Oh, Señor, delante de ti, MD 193 (793).

Final: Santa María de la Esperanza, MD 399 (999).

Con licencia eclesialística

– Si eres Hijo de Dios...

El relato de la vida pública de Jesús empieza en el desierto, después de los cuarenta días de ayuno. El tentador le dice: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes» (Mt 4,3). La afirmación «si eres Hijo de Dios» es repetida hasta tres veces. Se trata de proponerle que ponga su poder a su servicio exclusivo. Se trata de que, en lugar de dedicar su vida de predicación a hacer presente que la salvación solo puede venir de Dios, reconociendo con humildad la imposibilidad de que venga de nosotros mismos, pongamos nuestro orgullo en decir que somos nosotros quienes nos *autosalvamos* y que no queremos aceptar ninguna salvación que llegue de fuera.

Al final de su vida pública, colgado en la cruz, aún escuchará cómo los que están allí le dicen –creyéndose que la evidencia de la cruz los carga de razón–, también por tres veces: «Sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt 27,40). Incluso le invitarán a corregir toda su vida: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y le creeremos. Confió en Dios, que lo libre si es que lo ama» (Mt 27,42-43). Que Dios esté a su servicio y lo libere de la muerte diciendo en voz alta que esto debe ser la salvación: ¡ahorrarse la muerte! Sin pensar que, si esto fuera así, el Hijo de Dios dejaría de ser verdaderamente encarnado, y si eso nos pasara a nosotros, dejaríamos de ser las personas humanas que somos, creadas por el amor de Dios.

La respuesta –inicial y final– de Jesús resume su manera tan nueva de pensar las cosas: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”» (Mt 4,9). Jesús piensa como Dios –con humildad– y no como los hombres, demasiado orgullosos como para aceptar la salvación que viene de Dios, demasiado dispuestos a gastar la vida buscando inútilmente salvarse a sí mismos.

– Si alguno quiere venir en pos de mí...

En el evangelio de hoy, ¡qué contraste más fuerte! El domingo pasado leíamos cómo Pedro hacía la más bella profesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Inmediatamente después –hoy–, Jesús le hace el reproche más duro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! [...] Tú piensas como los hombres, no como Dios». Todo el evangelio concentrado en unos momentos y en pocas palabras.

Porque han pasado dos cosas. La primera es que Jesús les ha anunciado que, aunque es el Hijo de Dios, por el hecho de ser hombre del todo, tendrá

que morir en la cruz, pero que resucitará. La otra es que Pedro, aunque ha confesado la divinidad de Jesús, no acepta ahora su humanidad. En el fondo, Pedro quiere salvar a Jesús de la muerte y, desde luego, se quiere salvar él mismo.

Dios, sin embargo, no piensa así. Dios no le ahorra nada de la condición humana a la persona humana, ni siquiera a Jesús, su Hijo amado. Dios salva a la persona humana dándole la resurrección, la vida nueva, como lo hará con su Hijo, Jesús. Esta es «la misericordia de Dios» de la que habla san Pablo en la segunda lectura.

Hay que aceptar que nosotros mismos no nos podemos salvar; hay que creer que solo nos puede salvar Dios, y que lo quiere hacer; hay que vivir la vida con esa mirada que nos llevará a no dar valor a cosas que pensábamos que tenían mucho (porque nos pensábamos que nos salvaban la vida); ¡hay que vivir la vida como Jesús!

– **Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir**

La frase es de Jeremías, de la primera lectura. Seguro, sin embargo, que procede del todo a Pedro, que, pasando por estas caídas ejemplares, lucha interiormente con él mismo por aprender a pensar como Jesús, porque es esa manera de entender y de vivir la vida de Jesús la que lo ha abrumado. ¡Vaya! Finalmente, es la misma persona de Jesús con quien se ha encontrado la que le enamora y le roba el corazón. Él también querrá ser esa víctima viva, santa y agradable que le ofrezca a Dios todo lo que es. Sabe que este debe ser el culto verdadero que debe ofrecer a Dios. Y, como dice la oración de después de la comunión de hoy, cuando se haya saciado con el alimento de la caridad, su corazón será fuerte para servir a Dios en los hermanos.

– **Necesitamos la Eucaristía**

La necesitamos para poder pensar como Dios y no como nosotros; nos hace falta para poder vivir en consecuencia, porque muy a menudo, como Jeremías, también nosotros podemos decir: estoy rendido de tanto aguantar, ya no puedo más; la necesitamos porque en nuestro mundo todavía creemos que nos podemos salvar la vida a nosotros mismos. Necesitamos la Eucaristía porque solo Él puede fortalecer nuestra vida. ¡Démosle las gracias!

JOAN TORRA

1 lectura: Jeremías 20,7-9

La palabra del Señor me ha servido de oprobio.

El pasaje pertenece al conjunto conocido como las «confesiones» de Jeremías, textos en los que el profeta expresa de forma particularmente intensa su experiencia interior ante la misión recibida. Se trata de discursos redactados en forma autobiográfica, cargados de tensión. Jeremías aparece aquí como un profeta desgarrado entre la fuerza irresistible de la palabra divina y el sufrimiento que esa misma palabra produce en su vida pública. El texto comienza con una afirmación audaz: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir». El verbo utilizado posee connotaciones de persuasión e incluso de engaño o coerción. Jeremías interpreta retrospectivamente su vocación como una experiencia en la que Dios ha vencido su resistencia. La relación entre el profeta y el Señor es descrita con un lenguaje de enorme carga emocional,

muy distinto del tono solemne de otros relatos proféticos. La misión se ha convertido para él en causa de humillación social e intenta abandonarla. Pero la palabra divina actúa interiormente «como fuego ardiente». La metáfora expresa energía incontrolable y necesidad interior. El profeta habla porque la palabra lo domina. La profecía no surge de su iniciativa ni de entusiasmo ideológico, sino de una imposición interior irresistible. El texto cuestiona así cualquier concepción triunfalista de la vocación. La elección divina no garantiza reconocimiento ni estabilidad. La relación entre Dios y el profeta es conflictiva y está marcada por la tensión entre obediencia y resistencia. Y es precisamente esa tensión la que revela la autenticidad de la experiencia profética.

2 lectura: Romanos 12,1-2

Presentad vuestros cuerpos como sacrificio vivo.

Con este pasaje comienza la sección exhortativa de la Carta a los Romanos (Rom 12,1–15,13). La transición con la parte doctrinal está marcada por la expresión «Os exhorto, pues», que conecta directamente la conducta del creyente con la acción salvífica de Dios expuesta anteriormente. La exhortación inicial utiliza un lenguaje

sacrificial: «Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo». Pablo recurre aquí a categorías culturales conocidas tanto por judíos como por gentiles, pero introduce una transformación radical. El sacrificio ya no consiste en la inmolación ritual de animales, sino en la totalidad de la existencia humana puesta al servicio de Dios. Contrapone

implícitamente este culto, que califica de «espiritual», con el ritualismo puramente externo. La verdadera adoración implica la configuración completa de la vida según la voluntad divina. La idea se desarrolla mediante la oposición entre «este mundo» y la «renovación de la mente». El término «mundo» hace referencia a un orden histórico dominado por criterios contrarios a Dios. Pablo advierte contra la asimilación acrítica de ese orden, identificado

con los patrones culturales dominantes. Frente a ello, propone un cambio profundo. La «mente» se refiere a la capacidad integral de discernimiento y orientación moral. La ética paulina no parte de normas aisladas, sino de una reconfiguración interior producida por la acción de Dios. El uso del plural indica que la transformación afecta a la comunidad entera. La nueva identidad creyente no puede separarse de una nueva forma de vida colectiva.

Evanglio: Mateo 16,21-27

Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo.

Este pasaje funciona como corrección de la confesión mesiánica de Pedro. Después de reconocer a Jesús como Mesías, los discípulos deben reinterpretar completamente el significado de ese mesianismo. Mateo introduce así el primer anuncio de la pasión, momento decisivo en la estructura del evangelio. A partir de este punto, el camino hacia Jerusalén y la pasión se convierte en eje central del relato. Jesús anuncia que debe sufrir, ser rechazado, morir y resucitar. El verbo «debe» indica que los acontecimientos futuros forman parte del cumplimiento del designio divino. La reacción de Pedro resulta significativa. Aquel que había recibido elogios en la escena anterior se convierte ahora en opositor del proyecto de Jesús. Rechaza la idea de un Mesías sufriente porque sus expectativas permanecen ligadas a modelos triunfalistas y po-

líticos del mesianismo. La respuesta de Jesús es extremadamente dura y apunta a que el conflicto fundamental es hermenéutico: se enfrentan dos maneras de comprender el poder, el éxito y la misión, pues la lógica humana de prestigio se contrapone con la lógica divina manifestada en la entrega. La enseñanza se amplía a todos los discípulos. En el contexto romano, «tomar la cruz» significa aceptar la posibilidad de humillación política y pérdida total de honor. La paradoja «quien quiera salvar su vida la perderá» plantea una inversión radical de valores. El pasaje redefine así profundamente el discípulo. La confesión correcta sobre Jesús solo es auténtica cuando incluye la aceptación del camino de la cruz. La identidad mesiánica y la identidad del discípulo quedan inseparablemente unidas por la lógica del sufrimiento y de la entrega.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

La belleza del seguimiento de Jesucristo reside, en parte, en el hecho de que podamos llegar a imitarlo, aunque sea pobremente, en sus obras en favor de sus preferidos: los enfermos, los pecadores, los pobres. Seguir a Jesús llevando a cabo sus obras es una promesa que hemos recibido de él mismo: «El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre» (Jn 14,12).

• *(La cruz forma parte del seguimiento de Jesús)*

El domingo pasado veíamos cómo Pedro, inspirado por el Padre, reconocía a Jesús como Mesías. Sí, ¿pero qué Mesías? Está claro que el Mesías de Pedro no era el Mesías que Jesús quería ser, puesto que Jesús anuncia que en Jerusalén las autoridades judías lo harán sufrir mucho, que deberá morir y que resucitará al tercer día. Y eso no gustó a Pedro, que regañó a Jesús y lo alecciona para apartarlo de este final, que sería un fracaso. Jesús le dice: «¡Ponte detrás de mí, Satanás!». ¡Jesús trata a Pedro de Satanás! Sí, a Pedro, que en el evangelio del domingo pasado es colocado como cabeza de la Iglesia: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Pero Jesús dice claramente: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga».

Quien quiere ser fiel a Dios, como Jesús, pasará por dificultades. También Jeremías fue amado por Dios y se dejó amar por Él. Pero sufrió las consecuencias: se divierten a causa de él —«todo el mundo se burlaba de mí»— a causa de su buen propósito de mantener su fidelidad a Dios. Pero a pesar de todo, nosotros, en tanto que discípulos, no podemos dejar de ser lo que somos, y nos mantenemos fieles, ni que sea siguiendo los pasos de Jesús a trancas y barrancas, porque, como Jeremías, sentimos dentro de nosotros un fuego que quema, a pesar de que nos parezca que ya no podemos aguantar más.

• *(Dar lecciones a Jesús)*

«Comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos [...] que tenía que ser ejecutado». Y «Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo». Jesús no obliga a nadie, solo propone: «Si alguno quiere venir en pos de mí». Habitualmente, no nos gustan los momentos de muerte que nos depara la vida, y la tentación es la de querer hacer rebajas al Evangelio para no sentirnos acusados por nuestra conciencia, a causa de la fidelidad a aquel amor primero del profeta Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir, has sido más fuerte que yo y me has podido».

Jesús, sin embargo, nos propone todo como una invitación: «Si alguno quiere venir en pos de mí». La propuesta de Jesús es esta, nos guste o no. Jesús es Mesías a su manera, no como nosotros queríamos. Quizás nosotros queríamos rebajar su propuesta de salvación, haciéndole un favor interesado, porque su cruz nos pone en un compromiso y no nos interesa. Jesús no quiere aplausos fáciles, no es un *influencer* que busca seguidores y *likes* haciendo rebajas. Si quieres venir en pos de mí, toma tu cruz y acompáñame. Sé como yo, haz lo que yo hago.

- *(El culto verdadero que Dios aprecia)*

Conocer y seguir a Jesús es lo mismo que adorar y alabar a Dios. Ya lo dice Jesús: «Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos» (Jn 15,8). Seguir a Jesús caminando humildemente hacia Jerusalén, hacia nuestra Jerusalén particular, es acoger en nosotros el grito de queja de Dios contra «este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos» (Mt 15,8-9, citando a Is 29,13). El discípulo auténtico piensa como Dios y no como los hombres (cf. Mt 16,23).

La palabra definitiva nos la aporta san Pablo, que nos recuerda en qué consiste el culto verdadero: ofrecerse a Dios como una víctima viva, santa y agradable. Ofrecernos como Jesucristo se ofreció. Y Jesús nos invita a acompañarlo negándonos a nosotros mismos, abandonando nuestro *yo*, nuestro egoísmo, cargando nuestra cruz. Y concluye diciéndonos que Dios Padre nos pagará según nuestras obras, es decir, según nuestro amor al prójimo, amándolo como queríamos ser amados.

A Dios lo adoramos en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23), y con Jeremías, nos queremos dejar seducir por Él, conscientes de que seguir los pasos de su Hijo conllevará pasar por la cruz y que se burlarán de nosotros. Como Jesús, queremos ser ungidos y enviados a los pobres, a los pecadores, a los alejados, a poner en libertad a los oprimidos (cf. Lc 4,18). Amar en nombre de Dios, como Jesucristo, será nuestro auténtico culto.

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

Ritos iniciales

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

(– El próximo martes 1 de septiembre la Iglesia celebra la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, con el lema «Agua viva», que marca el inicio del Tiempo de la Creación, una iniciativa ecuménica que se cierra el 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís.

– La Eucaristía que ahora celebramos es, como recordaba el papa Francisco, «fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado»).

A. penitencial: En silencio, preparémonos para celebrar esta Eucaristía. (*Silencio*).

- Defensor de los pobres. SEÑOR, TEN PIEDAD.
- Refugio de los débiles. CRISTO, TEN PIEDAD.
- Esperanza de los pecadores. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Dios todopoderoso, que posees toda perfección, infunde en nuestros corazones el amor de tu nombre y concédenos que, al crecer nuestra piedad, alimentes todo bien en nosotros y con solicitud amorosa lo conserves. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (Jeremías 20,7-9):* En el evangelio de hoy, Jesús nos anunciará que será perseguido hasta la muerte, por su fidelidad al camino de Dios. Escuchemos ahora cómo el profeta Jeremías, llamado por Dios, tiene que vivir también desprecios y persecuciones.



2. *lectura (Romanos 12,1-2):* San Pablo nos invita a saber discernir cuál es la voluntad de Dios y así a no amoldarnos a este mundo.

Credo

Oración universal: **Guiados por el Espíritu Santo, presentemos al Padre nuestra oración diciendo:** ESCÚCHANOS, PADRE.

1. Por la Iglesia, por todos los que, en el mundo entero, queremos seguir el camino de Jesús. Y por nuestras parroquias y las actividades que vamos a retomar con el nuevo curso. OREMOS.
2. Por los maestros y profesores y por los responsables del sistema educativo, que se disponen a comenzar un nuevo curso escolar. OREMOS.
3. Por los que pasan necesidades económicas, por los que están sin trabajo, por los que experimentan dificultades para afrontar su vida. OREMOS.
4. Por las personas que están enfermas y por todas las que las cuidan, en casa, en los hospitales y en las residencias. OREMOS.
5. Por los países donde la codicia, el petróleo y el gas están llevando hacia la guerra; por las zonas donde el cambio climático ha causado sequías y conflictos por el agua y los recursos. OREMOS.

6. Por los que no han podido disfrutar de unos días de vacaciones por falta de salud o de dinero. OREMOS.

7. Por nosotros, custodios de todo lo creado. OREMOS.

Escucha, oh Padre, nuestra plegaria y bendícenos con tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas (PÁG. 403 MISAL)

Prefacio dominical V (PÁG. 478 MISAL)

Padrenuestro: Unidos a Jesucristo, y como él nos ha enseñado, nos atrevemos a decir:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). Saciados con el pan de la mesa del cielo, te pedimos, Señor, que este alimento de la caridad fortalezca nuestros corazones y nos mueva a servirte en nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Despedida: Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado. Podéis ir en paz.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, MD 8-2 (608-2) / CLN A 18; El Señor nos llama, MD 74 (674) / CLN A 5; Alrededor de tu mesa, MD 71 (671) / CLN A 4.

Responsorial: *Mi alma está sedienta de ti, LS; Señor, ¿quién puede hospedarse?, MD 100 (700).

Aleluya: MD C5 / CLN E5.

Comunión: Bienaventuranzas, MD 54 (654) / CLN O 16; Hambre de Dios, MD 171 (771-1) / CLN O 13; Señor, yo no soy digno, MD 194 (794).

Final: Honor y Gloria, MD 395-1 (995-1) / CLN 330.

Con licencia eclesialística

Centre de Pastoral Litúrgica. www.cpl.es Misa Dominical 2026 / 11 – 29